

EN EL UMBRAL DE LA VIDA

-ALZHEIMER-



CELIA ÁLVAREZ FRESNO

*A mi padre, que tantas veces dijo adiós.
A mi madre, que tantas veces esperó paciente un resurgir.
A todos los cuidadores y enfermos de Alzheimer, una de las
experiencias más duras que puede padecer el ser humano*

Agradecimientos:

A la tierra, por albergar tanta hermosura.

Al Cielo, por dejarme ver que la Vida no acaba con la Muerte.

«Acuérdate de estas tres cosas y noerrarás: recuerda tu origen, reflexiona sobre tu fin, y piensa en el juez ante quien deberás dar cuenta de tu conducta»

(Midrash)

«Comprenderéis la verdad y la verdad os hará libres»

(Evangelio de Juan)

No sirve de nada rebelarte contra el destino que te ha tocado vivir. Pero, como seres humanos, cuando se nos impone una circunstancia a nuestro parecer injusta, la pregunta que nos viene siempre es «¿por qué?». Rara vez esta pregunta nos es contestada. Imaginando una felicidad absoluta, un mundo donde todas las piezas están previamente ensambladas, nos aferramos a creer que la vida consiste en risa y llanto, gozo y dolor.

En la historia que les voy a contar existen tres protagonistas: el primero se llama Antonio, de vida enérgica, aunque tranquilo —de esas personas de las que se dice que no hablan para no ofender—, que poco a poco fue cayendo en las terribles redes de la enfermedad de Alzheimer. Una gran persona, ya lo creo. Hombre de bien, como se diría, fiel amigo, excelente esposo, gran padre, pasó por la vida sin hacer ruido, casi de puntillas, pero su presencia, discreta, no fue indiferente a nadie de los que tuvieron a bien acompañarlo du-

rante todo o parte del trayecto. Por cierto, un camino nada fácil. De hecho no fue fácil para nadie en una época marcada por la guerra, las restricciones, el estraperlo... ahí es donde se curtió, en ese rastrojo de padecimiento donde cada cual supo arrancar girones de felicidad. Tal vez fue esto lo que le enseñó a superarse en todos los órdenes de la vida..., pero no lo creo.

Antonio, el Antonio de esta historia, parecía marcado por un sino distinto a los demás. Los caminos azarosos que recorrió le despertaron una inusitada curiosidad que lo llevó a transitar por caminos insospechados y a procurarse una formación autodidacta digna de un académico. Sus lecturas fueron diversas, ordenadas, orientadas sabiamente como si contase con la ayuda de un guía secreto que lo condujera por caminos tan remotos para él, y a la vez tan complejos. Supo satisfacer con la lectura

Antonio era discreto, apacible, cortés. Sus movimientos eran comedidos, y su habla suave, pero su suavidad no ocultaba cobardía, inseguridad o zozobra, sino tranquilidad y un sosiego que imbuían de seguridad a quienes le rodeaban. Si algo no tenía, era afán de notoriedad. Nunca pretendían extenderse más allá de sus obras con sus palabras. En eso radicaba su entereza, su nobleza. Antonio era una persona especial, llena de amor, fe, y comprensión. Muy apreciada por todos los que estuvieron en su entorno, era alegre, pausado, buen consejero.

De Antonio no queda otra que hablar en pasado, aunque él sigue vivo en algún lugar, más allá de nuestros recuerdos. Sigue viviendo de alguna forma; tal vez de una misteriosa forma inmortal, oculta a nuestros ojos.

La segunda protagonista de esta historia es Isabel, la esposa de Antonio. Siempre fue algo más que esposa. Se supo manejar en esos márgenes más allá de ese estatuto imaginario social, y en la última etapa de su vida, cuidadora paciente y abnegada. Entregó todo su tiempo y empeño para salvaguardar, o al menos amortiguar los pe-

ores momentos de su amado. Siempre pensó que aquellos eran los peores momentos, pero no sabía que el destino le reservaba un último plato, una última carta que apostar, donde dejar refrendado, perfectamente escrito, firmado y sellado cuanto había significado para ella. Cada mañana, ya desde que su enfermedad se anunció, silente, deslizándose con la cautela de un reptil por entre su mente, escudriñaba tras sus ojos con la esperanza de ver aparecer la mirada de antaño que la contemplase, acariciándola como lo sabía hacer. Ahí estaba el desconcierto enloquecedor, unos días le parecía que sí..., otros le parecía que no. Y así, sin decir nada, sin nada cierto que localizar, en medio de semejantes vaivenes, olas que lo arrastraban sigilosas a las profundidades abisales del olvido, se volvía, y transcurría un día y otro. Pero no cesó jamás en su empeño, nunca asomó un raijo de hastío o desazón porque pensaba: «él sigue aquí», y con eso, con esa presencia que adivinaba tras la partida, tenía suficiente. Nunca tuvo la sensación de que tantos inacabables días de cuidado fueran una carga, «hay equipajes, —decía— que no le pesan a quien los lleva» Y su equipaje, su vida, era ligero, o al menos tenía las fuerzas suficientes para sostenerlo, porque de eso se trata con la vida, de sostenerla y sostenerse frente a los vendavales de lo incierto.

Entiendo a Isabel con Antonio: no es que antes no existiera, no que él le hubiera dado, al conocerla, no sé qué estatuto de persona del que antes careciese. No se trata de esto. A Isabel la entendemos con Antonio como a un río lo entendemos por los márgenes que lo conducen..., sin ellos, ¿existiría el río? Tierra y agua, límites, así imagino la relación de ambos, como la fricción y el surco que traza el roce de una vida con la otra.

Unas manos que trajinan la cocina, amasan, moldean, baten, friegan, se agitan, tienden. La agilidad de los dedos sobre las agujas, pinzar, coger, asir, doblar. No son movimientos mecánicos, monótonos o torpes, equívocos por hastío. Un día a día envuelto por un si-

lencio relativo. Caminar ligero de aquí para allá. Se alisa el pelo, no usa maquillaje (no lo necesita, es bella sin él), ni perfume (el olor a sus hijos le sirve de compañía), se viste, sale. Los hijos que piden, la madre que ofrece: paciencia. Los hijos que lloran, las manos que consuelan. Un rincón reservado para el marido. La rabia, y la desazón, aparte. Ahora no hay lugar para la congoja, el llanto, la ira. Ahora está él. Los niños duermen. Lo cotidiano, eso que mata en muchos todos los deseos, ahí donde no localizaba ningún raijo de satisfacción, inerte el deseo, eso, lo cotidiano, era donde adivinaba esquivo el deseo, tal vez trasladado a un mañana de los hijos, o en la ilusión de unos deseos aplazados, pero sostenidos, que dan sentido momentáneo a la vida. Así, en una guerra de guerrillas frente a los oscuros tentáculos de la desilusión y el desánimo, ahí estaba la fuente de donde sacaba la energía.

A lo largo del tiempo, en el transcurso de la enfermedad, me di cuenta de que en esta historia había un tercer personaje. Un ser que estuvo —y está— presente en la historia. Lo llamaré Otis. ¿Quién es Otis? Me preguntaba cuando empezó el lento caminar de Antonio hacia territorios desconocidos, a dónde iba, quién lo acompañaba. Ahora que caigo, he escrito «cuando empezó el lento caminar», como si él hubiera elegido en algún momento transitar senderos tan escarpados, paisajes tan áridos, adentrarse en pantanosos terrenos. Poco a poco me daba cuenta de que Antonio era algo más que un cuerpo. Mejor dicho, Antonio no era el cuerpo Antonio propiamente dicho, Antonio estaba más allá del cuerpo. Entre ambos viene a ser como con la bicicleta de un ciclista: puede corromperse la bicicleta, pero vive el ciclista. Antonio, no el cuerpo, sino Antonio, el benévolo, la comprensión en acto, la bondad, el que se servía de un cuerpo para transitar por esta vida, ése es el que conocí, el que tuve la ocasión de descubrir mientras el cuerpo enfermaba, mientras, en una suerte de rebelión se consumía y dejaba a su huésped a la intemperie. ¿Qué hará

ahora?, ¿Cuál su camino? Y ahí tuve la convicción de la muerte, eso que es muerte, sólo acontece en la medida que el olvido infiltra a cada uno, tuve la sensación de que el huésped seguía un camino pero que no estaba solo, que algo, una luz tal vez en el firmamento, ese que es inabarcable a los sentidos, le guiaba. Otis no es una invención, es una realidad. Vive aquí y allá, es una presencia invisible, silenciosa. Alguien, (no sé si una sustancia) que siempre está ahí, como ese amigo incondicional al que llamas y viene a tu encuentro en cualquier momento, y te presta su ayuda sin reparar en qué se trata y sin pedir nada a cambio. Un amigo que trasmite la seguridad y la fortaleza necesaria para que la vida siga su curso, que alimenta las almas que, perdidas en el horizonte de las dudas, no saben a dónde caminan. Otis es la brújula que orienta, asidero que da seguridad cuando todo zozobra. No tardé en darme cuenta de su presencia vigía. Antonio no estaba, iba y venía, y precisamente en esos reencuentros, en las vueltas, ahí es donde adivinaba que sus partidas no eran en solitario. Con la naturalidad de quien vuelve de departir con los amigos, así eran sus regresos... y sus ausencias... eso es lo inquietante: qué dejaba en sus ausencias, qué era lo que rellenaba ese vacío... Es difícil de imaginar, que Antonio pudiera partir, que pudiera abandonar su lugar. Pero con seguridad, no es eso, no es que nos dejase, es que la óptica a través de la que observábamos a Antonio se estaba resquebrajando y, depende cómo, ora sí, ora no, la imagen que nos llegaba de él era distorsionada. Entonces la angustia, la inseguridad y la zozobra era nuestra, de nuestra falta de comprensión por pensar que en esos fragmentos consistía Antonio, por olvidar —siempre el olvido— que Antonio, lo que fue, lo que queda, seguía estando ahí.

Pude comprender esto entre los desvelos que me ocasionaba esa imagen resquebrajada de él, en sus regresos, ¿a dónde va?, ¿con quién está?, ¿por qué vuelve con esa serenidad impasible? Luego com-

prendí que estaba mirando a Antonio a través de una óptica que cada vez se estaba deteriorando más, y que me devolvía una imagen irreal, y que precisamente esa óptica acabaría por sucumbir, por demolerse implacablemente y que todos quedaríamos separados inevitablemente. Comprendí entonces que el punto de partida es el punto de llegada, y que la vida consiste en ese recorrido circular donde, paradójicamente el final es el origen, que la vida consiste en ese *dentro-fuera* de la botella de Klein.

Partía pues de esta hipótesis: la vida como metáfora, entonces, Antonio caminaba con quien le había llevado de la mano, y esa idea precisamente me adentraba en un bucle, cuyo epicentro localizaba allí a lo lejos, allende el universo, en un destello intenso de luz que había cedido, en un momento lejano de la historia, el testigo de la vida a un ser humano, bajo el mandato inequívoco de trasmitirlo de uno a otro. Y en ese punto centelleante que se localiza en los confines del universo, en ese punto, digo, está Otis, luz, pero no es solo y únicamente luz.

UN CUERPO QUE YACE, UN ALMA QUE EMERGE, UNA MUJER QUE AMA.

Como el escuálido destello de una estrella fugaz que impresiona momentáneamente a quien lo observa, con la lentitud y la precisión de una gota de agua que horada con pasmosa precisión la roca más dura, maldición de no sé qué extraños dioses, el comienzo del horror pasó casi inadvertido: los inicios fueron quedando en el camino, como motas de polvo depositadas en la hierba, pasto del olvido, oculto en la locura de lo que vino después. Séquito de hechos difícilmente enjuiciables, y mucho más de relacionarlos siquiera de forma aproximada con el horror mismo.

Hoy un olvido, mañana una impresión que extraña, luego un comentario fuera de contexto, poco a poco, de manera insidiosa, la vida de Antonio se fue borrando. No podíamos imaginarnos que los pequeños despistes, aquellos utensilios habituales que ya no acertaba a precisar cuáles eran sus funciones, y lo peor, las obsesiones que nadie conseguía quitar de su cabeza, y sobre todo ese giro sobre sí mismo que no nos podíamos explicar, como un caracol que se enrosca en su cóclea, para salir esporádicamente, para luego volverse a replegar alrededor de un agujero sin fondo, oscuro, y que cada vez lo

podíamos identificar más con un sentimiento desdeñable y maldito: la soledad aterradora.

Como un péndulo, preciso en el balanceo de vaivén, obedeciendo una secreta inercia, los recuerdos iban y venían; aparecían extremadamente vivos por un tiempo, principalmente los de antaño, quizás con mayor brillo con más realismo de lo que cabría esperar; y el presente, a veces, se desvanecía como una voluta de humo, se esfumaba detrás de la nitidez de un pasado que se presentaba con un resplandor cegador. Despacito, todo se vuelve zozobra. Navega sin rumbo, sin ir a ninguna parte. En el fondo, desea huir de todos y de él mismo.

Como agua entre las manos, la realidad se le escapa. Lo envuelve la zozobra y la congoja. Poco a poco se le impone una terrible convicción: algo está cambiando, está en un camino del que el retorno ya no es posible. Su dolor fue intenso al ver cómo comenzaba la cuesta abajo en su vida y le esperaba una terrible enfermedad. Allí, sin poder hacer nada, le abrazó el olvido. Comenzó a sentirse nada en brazos del destino.

Es entonces cuando se fue dando cuenta de que todo adquiere un sentido nuevo. Era difícil adivinar este mundo en el que lentamente se iba sumergiendo. Sin embargo, había algo que nos tranquilizaba, que nos ofrecía un extraño sentimiento de confianza de que esto no iba a ser banal. En el claudicar de la razón, podíamos adivinar la emergencia de una inusitada fuerza de la que nos contagiábamos los que estábamos a su lado. Es así como los momentos en los que en apariencia estaba ausente, adquirían un nuevo sentido, y ahí, en los intersticios de esos momentos emergía un conocimiento que sin duda yacía oculto. No era un saber racional y organizado, sino que encriptado, esculpido por la vida de las más diversas formas, podía leerse justo ahí donde la apariencia era de desconcierto...

Isabel, esposa de Antonio, ejerció desde el comienzo de la en-

fermedad como atenta cuidadora de este hombre del que nunca se separó, y a quien ama y ha amado con todo su corazón. Ella lo mimó, lo abraza, le habla y lo alimenta con tanto amor y tanta dedicación, que provocan el asombro de quien contempla la escena. «Sobrellevar la carga no quiere decir que le pese a quien la lleva»

Desde ese mundo en el que se ha sumergido, él mira el pasado como si de una película se tratara. Hay un espectador silente... Nos preguntábamos si es eso lo que quedaba de Antonio. Un amigo, para muchos imaginario, le pregunta sobre su enfermedad y él le contesta

Otis, no es un nombre cualquiera, proviene de Otto, significa Fuerza, y esa es la que le ayuda a Antonio, el hombre, a recordar quién es. Otis es más que su propio Yo. Es su fuerza, una fuerza que mana de su interior...

¿Quién le dijo a Isabel que estaba solo? Poco a poco fue aprendiendo (más bien se convirtió en una evidencia), que uno no está donde el cuerpo, sino justamente donde más se le echa en falta. Quiero decir que Isabel iba adquiriendo la convicción de que Antonio no se había marchado, o mejor, que no partiría nunca.

OTIS

Soy Otis, y vivo aquí y allá al mismo tiempo. Mi existencia es un misterio. Formo parte del ser humano, pero no soy sustancia, por eso soy ese gran desconocido. Nada permanece oculto a mí. El hombre, que no soporta lo desconocido, que lo aterriza, me ha dado diversos nombres: unos me llaman Alma, otros me conocen como espíritu, para otros soy esencia, incluso me han dado en llamar Otis... No importa el nombre.

No soy un cuerpo, soy más; tampoco órgano (oído, olfato, gusto...), eso tampoco, ni habla; tampoco soy una mente que piensa y razona, no soy nada de eso... Soy una conciencia que permanece. Soy Uno, aunque para llegar a mí se transiten diversas vías, tantas como creencias pueda haber. Sólo hay un Absoluto con muchos nombres distintos. Soy como el vino, se puede llamar de mil formas distintas, pero la sustancia es la misma, solo es distinto quien lo bebe y cómo lo llama. Si me miran de frente, no me ven el rostro, si me siguen, no me ven la espalda, ni mis huellas; forma sin forma, soy una esencia inaprensible, una realidad insondable que no admite nombre, justo soy la imagen invertida de lo inmaterial, inaccesible para la imaginación.

Acompaño a los hombres en su nacimiento, y durante toda su vida, durante la enfermedad permanezco a su lado, los tomo en el momento de la muerte, como Caronte los ayudo en ese difícil tránsito. En esos momentos, cuando la marea mengua, cuando las olas cejan en su vaivén, cuando las olas están en calma, es,

entonces, cuando la luz se refleja y puede alcanzar el fondo. Yo abro la puerta, pero cada uno tiene que atravesarla.

Estoy aquí, en una casa habitada por un hombre y una mujer. Él yace tendido en la cama, tiene la mirada perdida. Parece ausente. Su esposa, sentada en una silla, le habla, pero no obtiene sino silencio. No es correspondida. En los silencios intenta atrapar algo de él, diríase que es un silencio que habla. Isabel pudo saber que es necesario el silencio para descubrir, quizás entrever más allá, en la profundidad de quien había vivido toda la vida junto a ella. Yo, que puedo penetrar en los entresijos del espíritu, conozco su alma. Nos conocemos desde siempre. Nací con él, pero no soy parte de él. Ahora que los caminos empiezan a juntarse, volvemos a hablar. Para él ya no soy el desconocido que pensaba y de quien tenía miedo. Hemos hablado sin palabras durante mucho tiempo, tanto como lleva enfermo, iba y venía de un lugar a otro. Ahora que el cuerpo, esa urna que guarda los sentimientos, no es más que apariencia, muro tras el que se alberga nuestra realidad, no puede percibir lo que le rodea, no es perturbado por las imágenes que lo han arrebatado intentando atraparlas; ahora que sabe que su cuerpo ya no tiene que ver estrictamente con la fisiología, sino que es su pensamiento y que su pensamiento es el cuerpo, podemos dialogar.

Con el desasosiego que provoca lo irreversible, Antonio sabe que el cuerpo, ese que yace sobre la cama, que ha sido su albergue durante toda una vida, a veces cárcel, y en ocasiones, pocas, incluso hospital, y que ahora se convertirá en su tumba, no ha sido más que eso, un navío en el que viajaba a través de inquietas aguas, un navío que llama a su fin y el pasajero tiene que tomar tierra, descubrir parajes que empiezan a serle familiares. Su cuerpo horadado por la enfermedad, cuarteado como un tablero de ajedrez, no tiene memoria. Su alma sí. Antonio sabe que hay algo que, una vez conocido, permite conocer todo lo demás, que cuantas formas diversas pudo encontrar en el mundo, todas, no son más que los modos de expresiones de una única realidad.

RECUERDOS

«Te busco en todas mis auroras y crepúsculos, extendiendo hacia ti mis manos y mi rostro. Hacia ti grito con el corazón sediento, como el mendigo que pide junto a mi puerta. Las alturas no pueden servirte de morada. Tú resides dentro de mí. Yo, realmente, escondo en mi corazón tu gloriosa presencia»

(Ibn Gabiril)

Soy Antonio. Mis ojos son verdes y el pelo claro. Tengo cinco años y vivo en un pequeño pueblo de montaña en donde todos se conocen. Por lo que siento de mis padres, la convivencia con los vecinos es excelente, como en pocos lugares. No tengo noticias de que haya habido enfrentamientos entre ellos, no con los vecinos del pueblo de al lado. Parece un pueblo de cuento. Hasta hace unas horas era el pequeño de tres hermanos. Ya no seré el último porque ha nacido una nueva hermana. Me estoy riendo de no sé qué..., algo me hace gracia. Eran tiempos felices.

Esperabas emocionado la llegada del pequeño... Sí. Dicen que va a ser muy guapa, lo sé porque me lo dijeron. También me han dicho que voy a ser su cuidador, porque es un regalo que va a venir del cielo para mí. Estoy muy contento, ¡ya voy a poder mandar!...

Mi padre es alto y lleva una camisa remangada. Veo que mucha gente va a mi casa, algunos permanecen afuera, otros entran y al poco vuelven a salir... Mi padre entra y sale muchas veces y se detiene a hablar con la gente que se acerca...

Mis hermanos y yo corremos con otros niños por los caminos del pueblo. Yo quiero subir al hórreo de enfrente para jugar con todos ellos, pero como soy pequeño no me dejan, y me quedo abajo con los que tienen mi edad....

(En la cama, Antonio se agita de un lado a otro, como presa de un tormento que quisiera despejar de sí...)

Oigo que lloran en algún lugar... Siento frío. Estoy en la pequeña plaza del pueblo, está oscureciendo, es otoño y el sol se quita pronto. Es curioso, me veo con la cara roja de tanto correr de un lado a otro, pero tengo frío... Hay un revuelo detrás de mí. Mucha gente... Hablan unos con otros, y alguien llora amargamente. «¡Pobre niña!, ¡pobre mujer!», gritan. Yo miro, no entiendo nada...

De súbito Antonio enmudece..., entre absorto y pensativo...

No sé qué sucede. Me distraigo corriendo porque llegan otros niños a la plaza del pueblo y corremos unos detrás de otros... Una vecina viene y me coge en brazos. Me abraza mucho y yo casi no puedo respirar. Me dice que dormiré junto a mis hermanos en su casa, porque mamá y papá tienen que descansar... No dejan que salgamos de su hogar durante dos días. Mis hermanos y yo queremos salir para correr y jugar con los tirachinas, estamos muy aburridos. Una mujer, que también vive en la casa, nos da bizcocho mientras quiere que escuchemos el cuento que nos intenta contar. Oigo campanas y se siente mucho ruido fuera. Los carros hoy no rechinan y las vacas no

mugen. Son las personas las que hacen ruido... Otra vez es de noche, y ya nos dejan que nos asomemos a la ventana de esa casa que no es la nuestra. Mi hermano Manuel abre la contraventana e intentamos mirar. Es un ventanuco pequeño y no podemos mirar los tres a la vez. Yo me quedo detrás, sólo puedo mirar la luna llena, que brilla...

Es de día y otra vez nos vamos a la escuela. Por fin la señora nos deja salir y vamos corriendo a casa. Papá está sentado en el banco que hay al lado de la puerta, y yo le digo que quiero ver a mi mamá y a mi hermana pequeña. Nos abraza, tiene la cara muy roja y los ojos mojados. Nunca lo había visto así. Quiere decirnos algo pero no puede, se le entrecortan las palabras. No sé por qué, se tapa la cara con las manos, así..., como cuando jugamos al escondite. Nunca había visto a mi padre jugar al escondite. Insisto que quiero entrar a ver a mi mamá y a mi hermana..., pero me dicen que no, que se han ido... Me dan muchos besos y me vuelven a decir que tengo mucha suerte, porque las dos están allí arriba, que desde ahora los mimos me los va a enviar con el viento, que cada vez que salga a la calle me abrazará, aunque yo no la vea. Pregunto por qué se tuvo que llevar a mi hermana y me pongo a llorar; no entiendo que me hayan quitado el regalo del cielo y que se marcharan las dos sin mí... Yo no deseo ningún viento porque no me vale de nada, y parece que a mis hermanos tampoco, porque los dos lloran. Manuel, mi hermano mayor, está muy enfadado y da patadas a las piedras del camino.

Soy tu pasado y tu presente, lo que recuerdas y lo que olvidas, lo que tienes y lo que dejas, también los recuerdos dolorosos que permanecen ahí escondidos, que apartaste de un golpe seco, que no vuelven porque nunca se fueron: soy tu vida. El tiempo se condensa, el ayer es hoy; el presente del sufrimiento, no del recuerdo que vuelve. Yo soy eso, ese pasado y ese por pasar. Estoy a tu lado, porque soy tú, lo más radicalmente tú.

Es curioso, ahora, desde aquí la vida se palpa de otra forma, la veo como si fuera una película, pero pese a la lejanía, lo siento todo presente. Es presente... No entendía cómo podían marcharse dejándome a mí... Poco a poco me di cuenta que hay cosas que no tienen solución, que unos se van y otros se quedan. Tuve que conformarme. *Tengo que conformarme.* Una mujer se encarga de todas las labores domésticas y me siento muy querido, pero algo me falta desde que no está mi madre. Los días que salgo a la calle y no palpo el viento en mi cara me siento triste; mi padre me dijo que no me preocupara, que mamá estaba descansando porque lo tenía merecido. El problema fue cuando las tormentas rugían y mi madre y mi hermana... ¡allí arriba!... Había chispas y tanto ruido... «¿Qué le pasa a mamá ahora?», preguntaba yo, «¿está enfadada conmigo?» Alguien me responde que solo están jugando a los bolos, y las luces son los premios por acertar. Empiezo a dudar de todo...

(Antonio intentaba localizar un objeto sobre el que fijar su mirada). Ahora que he podido reencontrar ciertos recuerdos que yacían ocultos en no sé qué lugar de mi mente, no me siento triste... Más bien feliz. Pronto supe que la vida no es un paraíso, que no existe El paraíso, sino que existen tantos paraísos como seres hay; todos igual y todos a un tiempo distintos, unos se unen a otros por misteriosos lazos. Cada cual debe localizar el suyo. Existen paraísos en las mentes creadoras; en la contemplación de los milagros de la vida, el nacimiento de una flor, el arcoíris, la unión entre los humanos. Existe el paraíso en la palabra, en la escritura, en las miradas... Solo es preciso hacer un alto en el camino para poder contemplar cuanto te rodea, lo que te acompaña a lo largo del camino de la vida. Al hombre le está prohibido permanecer en él, tan solo nos es dado transitar brevemente por algunos de sus senderos. La felicidad está en lo breve, lejos de los objetos externos, que son incapaces de dar la felicidad.

La felicidad o la desgracia dependen enteramente de cada uno, por eso cada uno tiene su paraíso y su purgatorio si se transita por los oscuros caminos del rencor, la envidia, la destrucción, y la muerte.

Yo, Otis, el que habita en todos los humanos, en cada una de sus formas, regreso al mundo del que nunca partí, me introduzco en hogares de los que nunca salí. No tengo fronteras, ni me ato a los sentimientos, no importa en dónde hayas nacido, ni el color de la piel. No intento predicar con letanías ramplonas, no pretendo evangelizar a nadie. No tengo dogmas religiosos, ni soy profeta, ni tengo poder para cambiar el mundo, soy el deseo que orienta el rumbo de los hombres hacia un mundo más justo donde tenga consuelo el que sufre; no soy la vida, sino el empuje que hace que los actos sean algo más que instintos, soy permanencia y acto, amo sin condiciones, sin ser amor, poseo el timón del navío que se dirige rumbo a la unión y la concordia para que ya no exista la soledad; traigo en mis manos cuanto te perteneció, cuantos sentimientos nobles fueron desalojados, sepultados, suprimidos o borrados de ti. Vengo a estos lugares, cargado con la mitad que te pertenece, rechazada, olvidada, quizás perdida. Irradio, como el sol, anhelo y esperanza, porque sin esto, la vida se vuelve tosca, áspera, inerte. Ya no tienes ninguna prisa, tómate el tiempo que necesites para comprender cuanto aparece frente a ti. Mira al horizonte y podrás vislumbrar la infinitud, la quietud de la atemporalidad, todo y nada juntos

Tengo un pantalón gris con tirantes de goma, camisa de cuadros... Parece primavera. En el valle luce el sol y en los árboles casi asoman los frutos. La montaña ya no tiene nieve y los pájaros están cantando. Las vacas mugen..., debe de ser la hora de pacer. Voy camino de la escuela... Me siento feliz... El camino está empedrado, veo un pequeño sapo, salta de un lado a otro. Me agacho y lo miro. Me gustan

mucho los animales, tengo un perro que se llama Sol, que siempre me acompaña. Alguien me llama y yo me doy la vuelta. Es un amigo. Recorremos juntos el pequeño tramo que nos queda hasta la entrada. Es el año mil novecientos veintitrés. Son tiempos difíciles. La vida en San Salvador del Valledor no es fácil. Todos los niños tenemos que ayudar en las labores agrícolas, pero creo que esto ocurre en todas partes. También me gusta mucho leer (creo que era buen estudiante) y, en el escaso tiempo libre, juego. Comprendí pronto el valor de los amigos —*rara avis*, pues no todos merecen ser llamados así—. Cuando me acechaban las dificultades, tuve suerte de ellos. Cuando había fiesta íbamos con la familia a los pueblos cercanos, siempre estábamos invitados a las casas. Me gusta mucho el rosco y el arroz con leche que se preparan en los festejos. Si no tienes familia, tienes amigos. El niño que ahora soy, en este presente hecho de recuerdos, el niño que fui y que plasmó su huella sobre mí, es un incansable explorador. El mundo es demasiado nuevo y hay demasiados secretos por descubrir. Tengo diez años, soy alto y parece que fuerte. Corriendo muy deprisa, noto el viento en la cara. El viento, siempre el viento como un susurro de mi madre que me dejó hace años; tal vez es por sentir el viento que corro deprisa, a favor de él, para sentirlo en mi cara. Sí, es por eso. Mi salud siempre fue buena, no recuerdo haber estado enfermo. En esta época, siempre había que contar con un extraño aliado, extraño y arbitrario: la suerte había que tenerla siempre de nuestro lado, las enfermedades podían ser mortales. No es como ahora, que todo está perfectamente calculado y pre hecho, entonces todo estaba por hacer o, como mucho, se estaba haciendo. Aún no se había descubierto la penicilina... Mi amigo Tomás murió no hace mucho. Fue rápido, empezó a toser... y ya está por ahí arriba.

La casa donde vivo es grande; es la casa familiar. De piedra, tiene muchas habitaciones y las camas son altas. Durante mucho

tiempo me tuvieron que ayudar a subir porque no alcanzaba. Juego con mis hermanos, yo soy el más pequeño y llevo las de perder. Ruedo por el suelo. Llora.

Al atardecer los hombres se reúnen en un lugar del pueblo, y las mujeres en las casas alrededor de la *lareira*; entonces todo está oscuro, a no ser por los candiles y las *cádivas*, que dan una luz tenue a las estancias. Lo que más me gusta es el verano y el otoño. El verano porque los días son muy largos y podemos hablar todos en la plaza del pueblo hasta muy tarde; y el otoño porque comemos castañas asadas o cocidas, que me gustan mucho... Ya no recuerdo tanto a mi madre, aunque sigo esperando el viento. También hace mucho tiempo que sé que los truenos y los rayos no son una partida de bolos... Vine del pasado, y vuelvo al pasado... Estoy entre el recuerdo y el ser: a veces soy el niño, otras recuerdo al niño. Ahí estoy atrapado.

Soy una parte tuya, eso es todo, estoy presente en la inmensidad de un pequeño recuerdo. Ahora, vengo a darte un poco de paz en este tránsito inevitable. El mundo, tu familia, están confundidos, sufren porque en apariencia desvarías en tu presente y pierdes la precisión de la realidad. No saben que, en realidad, lo que sucede es que vuelves paso a paso por las huellas que dejaron los sentimientos y las emociones. Transitar por esos senderos es constatar de manera febril que esos sentimientos siguen vivos, que no mueren. El amor, los afectos siguen vivos, se sigue amando lo amado, como se sigue sabiendo lo sabido. Me conoce quien cree no poder conocerme; el que me reduce a un dato exterior, un objeto de conocimiento, esos no me conocen, ni tienen la posibilidad de conocerme; tan solo soy accesible a los que creen en lo Absoluto, en lo inenarrable, los que pueden comprender que hay un más allá incógnito en su totalidad, la verdad tan solo puede experimentarse en el lugar donde se borran los límites entre conocer, conocedor y conocimiento: se trata de la otra orilla, allí donde te conduzco.

Camino en mis recuerdos —mi vida— a zancadas. Es curioso, lo cotidiano se esfuma cada vez más, como si no existiera y, poco a poco, como si de una película se tratara, veo imágenes de mi vida que circulan una tras otra, con un orden preciso que no adivino a saber, pero, tras el aparente desbarajuste, hay un orden, lo sé...

Tengo unos quince años... Me paso parte del día leyendo todo lo que cae en mis manos. Recuerdo un manuscrito con tapas negras, escrito por mi bisabuelo y más tarde por mi abuelo. Habla de la historia familiar, de costumbres ancestrales. Me gusta indagar las historias que se narran en estos textos. También hay otros libros en casa que hablan de los litigios vecinales, y aunque me gustaría, mi padre no me permite leerlos, porque dice que no me importan esos temas. Cuando algo importante sucede en el pueblo, para tomar decisiones los hombres se sientan en unas escaleras en la plaza, y allí discuten la forma de solucionarlos. Son temas de deslindes, o de convivencia. Pero lo que más me gusta es escribir. Escribo a la luz del candil siempre que puedo... Las diversiones de la juventud son limitadas porque tenemos que trabajar mucho, y el tiempo que nos queda para el ocio es escaso. Solemos montar a caballo y bajar por las laderas empinadas de los alrededores, o vamos a visitar a nuestros vecinos de los pueblos cercanos.

Me dicen ahora que ya está muy cerca el servicio militar. Los que vuelven de él se sienten muy importantes porque han conocido nuevas costumbres y nueva gente. Todos comentan que les ha ido bien, aunque mucha gente piensa que no es verdad y que la mili hace sufrir mucho. Los padres se quejan, sobre todo las madres. No quieren que los hijos se vayan. Otros dicen que a la mili se va para hacerse un hombre... Lo desconozco.

Llevo unos pantalones de pana y unos calcetines que se llaman escaarpines y unas botas... o algo parecido. Es otoño y veo toda

la arboleda con sus tonos naranja y rojizos. Me siguen gustando el campo y los animales. Ahora ya me importa muy poco la brisa, la tormenta, el viento; eso ya me queda lejano porque me di cuenta de que todo era un cuento, sin embargo, cuando sopla el viento, o ruge la tormenta, pienso en mi madre. Siento rebeldía y algo de desesperación porque la vida me ha arrancado algo a lo que estaba muy unido... Es un sentimiento que siempre me ha acompañado, a veces más, a veces menos...

Existe el sufrimiento y la infelicidad. Su origen lo podemos localizar en una necesidad originaria de apego, que crea una ilusión. El dolor es necesario, pero no nos hace más puros. Es importante descubrir el origen del dolor para eliminar su causa. El origen del camino está en el dolor mismo, pero los paisajes que recorre son sorprendentes. De la misma manera que para afilar una navaja hay que frotarla con un pedernal, para realizar al ser humano se requiere una dosis de padecimiento. Hay que avanzar despacio para llegar pronto, pero nunca estarse quieto, tambalearse. Uno tiene la necesidad de rebelarse, de medirse. No hay otra forma de recorrer el camino.

Las imágenes se agolpan en mi mente... Hay muertes, muchas muertes..., una guerra..., bombardeos..., la gente que corre desconcertada de un lado para otro... Han matado a un vecino del pueblo. Sangre. Llanto. Luto... Es una guerra cruel. Vecinos contra vecinos, hermanos contra hermanos. El hambre. Escasean los alimentos. Madres desesperadas porque no tienen con qué alimentar a sus hijos. Son viudas. Lloran desesperadamente... Los fuegos atronadores en los frentes de batalla rugen. Contemplo una batalla, las balas silban en el aire, casquillos, trincheras y soldados muertos... y civiles inocentes. Llantos, Ellos no eran culpables... Las hermosas montañas de nues-

tro querido San Salvador no tienen aspecto ninguno, las columnas de humo y fuego forman nubarrones que no me dejan ver nada. Estoy envuelto en el barro... Un proyectil traspasa mi pierna. Caigo en el suelo... Puedo sentir el dolor..., como si me sucediera ahora..., parece tan verdad, tan real... Me veo sufrir. ¿Sufrirán así los otros?... Hoy me duele la pierna como entonces y también se me encoge el corazón por tanto horror. Lo más duro de todo fue ver a mis vecinos en el lado contrario. Vecinos, familia a la que tanto querías, unos y otros estaban en el punto de mira de sus respectivos fusiles. No era cobarde, nunca lo he sido, pero la violencia jamás formó parte de mí. No era capaz de apretar un gatillo. No podía. Sin embargo, los disparos de mortero podían impactar sabe Dios dónde. Ni lo supe ni lo he querido saber nunca.

Hay una cola de gente que parece que algo... Me han arrestado. Hay un barco esperando... Es el puerto de Gijón. Nadie sabe dónde los llevan. Están angustiados. Yo no parto con el resto...

En ese barco estaba el destino de los derrotados... Todos fuimos perdedores, cada cual de una forma. ¿Quién gana cuando el triunfo se debe a la tragedia propia y ajena? En una guerra todos pierden. Unos la vida y otros la dignidad...

Mi padre está apresado. Tiene frío y hambre. Está atado y maltratado... No quiero verlo, ¡es algo que siempre quise borrar de mi memoria! Siempre inculqué a mi familia que el rencor y el partidismo no tienen que hacerles tomar decisiones. Las circunstancias de la vida nos sitúan en un lugar u otro. Tan solo un paso puede cambiar nuestro destino.

Se aprende poco de la victoria y mucho de la derrota. El verdugo que ejecuta sentencias, no deja de ser un instrumento. Pero hay algo peor en todo esto, es el placer mismo en el sufrimiento del otro... Es lo que coloca al hombre por debajo de los animales...

Las guerras, siempre lo he pensado, son el resultado de las deficiencias propias en que consiste el ser humano, de sus contradicciones e incoherencias... Si todos tomáramos conciencia de lo efímera que es la vida, y nos percatásemos de que en las contiendas todos perdemos, todo sería diferente. Para que se instale la paz, la concordia y la armonía, primero hemos de cambiar nosotros. Detrás de las guerras existen multitud de intereses, a menudo ajenos a los propios bandos que mantienen la contienda. A veces hay una sombra que se proyecta sobre un país y lo sumen en el caos y la guerra. Extraños hilos sujetos por intereses oscuros mueven a las personas, tensan las relaciones y acaban en contienda. Todos son perdedores y los que creen haber ganado, acaban siendo esclavos de dioses que desconocen. Pienso que todos estamos obligados a luchar, pero por la paz y la tolerancia, no debemos dejar que sigan imperando en nuestros días los abusos del hombre sobre el hombre. A veces me pregunto: qué pasaría si los poderosos que firman la guerra tuvieran que partir hacia la contienda y no quedar resguardados en sus sillones de mandatarios. Tal vez entonces las cosas cambiarían... y mucho... Me estoy dando cuenta de que te hablo como si fuera capaz de cambiar algo...

Te es difícil saber con quién estás hablando ahora... Partes hacia el recuerdo, te adentras en él, en el recorrido. A veces te parece un espejismo, una ilusión... Te cuesta saber que se trata de alguien que siempre habitó en ti, y que no podías conocer, por eso mi presencia te es ajena, y te extraña, que Yo, que en el fondo también soy tú, que puedo estar en ambos lados.

Veo gente partir, cargan bultos en carros, en autobuses. Se van, dejan las casas vacías, abandonan estas hermosas tierras... Son conocidos

del pueblo... Todos sufren de una forma u otra un exilio. La tierra allí es pedregosa y las laderas empinadas. Las montañas, llenas de magia y esplendor, alumbran los ojos de cualquiera. Las estrellas se palpan. Son muchas y brillantes. Es como si el cielo estuviera a nuestro alcance... Las abandonan porque su hermosura no es suficiente para sobrevivir.

Hay un matrimonio joven que prepara sus enseres. Tienen dos hijos pequeños y se disponen a marchar a otro lugar. Ella es alta, de pelo claro y ojos de cielo, como la mayoría de los habitantes del lugar. Se palpan sus orígenes celtas. Isa, así se llama, se afana embaldando todas las pertenencias poco a poco. Aún faltan unos días para la partida. La casa es de piedra, alta, de aspecto gallardo, aristas esculpidas con sumo cuidado y fachada brillante y pulida. Las ventanas son pequeñas, para que su anchura no permita que penetre el frío en los días de invierno, cuando las montañas y los valles se visten de blanco. Ella sube unas escaleras de madera de castaño, anchas, con peldaños medio gastados por el paso de los años. Entra en la habitación y fija su mirada en aquella cama alta, de hierro negro, con adornos dorados, donde nacieron hace poco sus dos hijos. Las paredes aún están impregnadas de dolor y gozo. Del dolor del parto natural, sin anestésista ni doctores. Sólo una partera ayuda a la madre en los menesteres de dar a luz. En su recuerdo, se ve a sí misma allí tendida, con el vientre abultado y revive todo aquel pasado, y la bella carita blanca de ojos azules que al poco tiempo siente sobre su pecho, envuelto en paño blanco. Isa coge una manta que guardaba en el armario —lana hilada con la rueca—, que su madre fue tejiendo pacientemente en las reuniones que mantenían en cada una de las casas del pueblo por las noches. Es costumbre que las mujeres se sentaran en unos bancos en forma de U al finalizar la jornada, en una a casa, mientras los hombres mantenían su tertulia en otro lugar distinto. Los niños jugaban en la plaza, correteando, ajenos a todo. La pa-

langana blanca se escondía en la esquina de la habitación, sobre un soporte de hierro con el óxido vivo por tantos años. La jarra, orgullosa, siempre colmada de agua, sobresalía en el entramado de la ventana. Encima de la cómoda, unas fotografías antiguas presumen las bonanzas de otros lugares. Ella mira cada cosa, parece que lo que antes carecía de importancia y pasaba desapercibido, en este momento la tiene. Así, recorre cada estancia con el corazón encogido, pensando en la nueva vida que se muestra delante de ella, y en el abandono del lugar que la vio nacer y en el que vivió hasta hoy. Recoge las pertenencias y las va apilando en la parte posterior del piso, en unos baúles con unas correas cruzadas que se cierran en medio con una gran hebilla. Baúles que alguno de los antepasados trajo repleto de regalos del otro lado del mar. Muchos de sus familiares han partido y viven en Cuba, Méjico, Argentina.

Los padres de Isa también fueron emigrantes. Su padre emigró a Cuba siendo muy joven. Trabajó en una farmacia de Johnson & Johnson. Toda la familia estaba muy orgullosa en ese inicio del siglo XX, porque había llegado a ser encargado de la empresa farmacéutica. Su madre también estuvo en Argentina después de una travesía de más de un mes en un barco zarandeado por las olas, con el consiguiente mareo que nunca logró olvidar. Trabajó de cocinera para una poderosísima familia... Por circunstancias de la vida o, más bien, por enfermedades familiares, volvieron a sus orígenes, se conocieron, se casaron, y nacieron cuatro hijos. Tres hombres y una mujer. El mayor se quedó con la hacienda, y los otros dos emigraron a Cuba, donde hacía años había estado su padre. Ellos nunca olvidaron a los que se quedaron en el pueblo, como el marido de ella. Un *meirazo*, le decían a los hijos que se quedaban con la hacienda para atender a los progenitores que vivirían en el hogar hasta su muerte. El don de recibir la posesión conlleva el don de tener a sus mayores. El resto de hermanos, como en el caso de la familia de esta mujer, acostumbraban a

emigrar para buscarse la vida. En su mayoría, cuando estaban situados, ayudaban a los que se habían quedado. Isa no emigró. Se quedó en una ciudad cercana, porque tenía posibilidades para establecerse con un negocio allí; aunque a su marido, amante del campo, no le gustaba la idea de ir a la ciudad. Pese a las discrepancias, al final, unos meses después, tomaron una decisión: vivirían en el campo y en la ciudad. Su marido empezó a mirar una finca, con la intención de adquirirla y poder disfrutar de la maravillosa naturaleza mientras trabajaba en ella. Piensan tener más hijos. La ilusión de Isa es darles a todos estudios u oficios. Ella pasa el día recitando el nuevo vocabulario que sus niños tendrán que aprender porque en el pueblo, aunque pertenece a Asturias, se habla medio gallego. Ella dice que si fueran a Galicia les dejaría, pero que para la nueva situación el tema cambia. Su hijo mayor, con seis años, dice «leite» «viño», «si eu», «fora», etc. Y ella repite: «no, hijo, en el lugar al que vamos tú tienes que decir «leche», «vino», «si yo», «fuera»...

Todos los principios son duros, y con niños pequeños aún más. Por entonces, todo era aprendizaje y nerviosismo ante la incertidumbre de la nueva situación.

Isa se recoge el mandil, y apretujándolo con las manos lo extiende hasta sus mejillas para borrar las lágrimas, así sus hijos no verán el rastro de sufrimiento impreso en su cara. Se dirige a la cocina, un hueco oscuro, con una especie de chimenea interminable que se erige a modo de embudo hacia el techo de pizarra de la casa. En el suelo terroso se enciende la lumbre, que sirve de calefacción para el resto de la casa. En otra de las cocinas, con chapa de hierro, se prepara la comida. Es habitual el potaje de berzas, patatas y carne del cerdo. El que más y el que menos, cría como puede un cerdo. Un día a la semana se amasa el pan. Durante los años de la guerra se elaboraba con centeno; después volvió a ser de trigo, del que se cosecha en aquellos campos. El pan, sagrado, representa a todos los alimentos. No se

puede tirar, el pan es algo que se gana con el sudor de la frente... Hay todo un mito religioso alrededor del pan que se ha incorporado a la vida cotidiana. Con el pan hay que tener un cuidado especial: si se cae, se recoge cuidadosamente y se besa. Cuando se tiene preparada la masa, antes de meterla en el horno, se le traza una cruz de extremo a extremo, antes de cortarlo se le traza una cruz en la base con el cuchillo...

La sombra es lo que se olvida porque no quiere verlo. Hay que enfrentarse a la sombra. Transitarla es la única manera de alumbrarla...

Había un artilugio de madera parecido a una gigantesca espumadera de tabla, con la que se iban colocando como si se tratara de un ritual. En estas zonas rurales, durante la guerra, casi nadie pasaba hambre, porque las despensas siempre estaban abundantes. Nunca faltaban las truchas, que se pescaban en el río Valledor, que pasa por el valle, cerca del Pueblo. Sin cañas de pescar, los habitantes del pueblo se las ingeniaban para poder pescar. El resto de alimentos venían de Pola de Allande. Los traían en caballerías, porque entonces, en los años cincuenta, no había coches, ni carreteras que llegaran al pueblo, solo senderos en media ladera del monte por los que transitaban personas y animales.

A veces no te hablo, en otras me dirijo con cosas que ya sabes... La mitad de lo que digo no sirve para nada..., pero es la única manera de que la otra mitad llegue hasta ti...

Teníamos todo lo que podíamos necesitar: comida, modistas... hasta una fonda y un banco. En las laderas comenzaron a levantarse casas majestuosas. Habían vuelto los *indianos*, esos que habían partido con el comienzo de siglo. Ahora realizaban sus inversiones en los lugares de origen, erigiendo el estandarte de su lucha al otro lado del mar...

Isa sigue pensando en esta historia pasada..., porque su marido estaba ocupado con los temas de los hombres, esos temas tan importantes de los que hablaban a menudo en sus reuniones. En esos tiempos, las mujeres eran las que se ocupaban de la casa, aunque también tenían que realizar tareas fuera de ella. Los hombres llevaban el peso de la hacienda... ¡Tiempos difíciles!, Otis. Cuando se disponía de poca mano de obra, porque los hijos aún eran muy pequeños, podías contar con la ayuda de alguna persona de fuera... Si era mujer, en la casa, y si era hombre, en los campos y con el ganado. Casi siempre lo único que pedían, y lo que se podía ofrecer, no era mucho, a veces tan solo cama y comida.

Isa es su esposa. Tuvo que dejarlo todo para partir junto a su marido y sus hijos en busca de mejores oportunidades para todos. La distancia ha sido una constante a lo largo de los años. Historias de separaciones, partidas, abandonos y lejanías. Tiempos muy difíciles. Cada vez que partía, veía la pena en el rostro de mi mujer; ahora esa pena que siento como propia...

Recogieron todos los aperos, vendieron los campos y los animales... Procuraba meter todos mis sentimientos en un morral, para que me hicieran compañía y me dieran la fuerza necesaria. Pasaron los días y vendí el ganado y los enseres a los que se quedaron. Todos llevan la marca de la casa, que ya está escriturada a favor de los próximos propietarios. Todas las pertenencias de las casas llevan una señal, para que no se confunda con la del vecino. Todo está

muy cerca y puede dar lugar a confusión. Hasta los propios árboles se marcan.

Hay sólo un camino. Lo diverso son los modos de hacerlo, El camino de regreso se hace siguiendo las marcas que quedaron impresas. De brecha en brecha, el camino de vuelta sigue exactamente el camino de ida.

Hay en un árbol, hendida, una marca: IIXII. Era la inscripción de nuestra casa, pero no sé qué significa... Nunca lo supe. Todos tenían alguna marca con líneas. Discutían, hablaban dos hombres del pueblo....: dicen que la grabación con símbolos curvos es más difícil de hacer y por eso hay menos.

Paseo solo, por unas laderas empinadas, lejos del pueblo... No sé qué hago en ese sitio... Me invade una sensación grata, todo es agradable a mi alrededor, paso por unos campos con vides... veo las laderas de enfrente salpicadas de castaños... paso por un bosquecillo tupido... puedo reconocer todos los árboles que me cruzo: *capudres...*, fresnos..., tejos..., abedules..., acebos...

En el corazón de Isa late la incertidumbre; no puede conciliar el sueño. Por la mañana se concentra en la faena diaria. Luego habla con las vecinas del pueblo, con unas y otras, se esfuerza en sonreír... Siempre lo intentaba para disimular que le invadía la congoja o la zozobra. Las mujeres del pueblo, cuando llegan a cierta edad, se visten de negro. Pañuelo a la cabeza, anudado en la parte alta, con maestría. De allí asoman las dos diminutas puntas del sobrante del paño. Siempre una *mantela* o delantal cubre su vestido, para mantenerlo immaculado. Los días de fiesta se pone el vestido de los domingos. Es cuando la plaza de los pueblos está más concurrida. Se cuentan historias mágicas, esas que abundan en el Occidente asturiano. Leyendas de antaño se mezclan con experiencias que la propia gente acaba de vivir.

Se habla de la «Santa Compañía», que se decía eran almas en pena recorriendo los caminos de los pueblos. Todos esperaban que esa tenebrosa procesión no llegase jamás a su puerta, eso significaría que alguien de aquel hogar se marcharía a formar parte de los no vivos. Se desplazan en dos hileras, vestidos de negro, con velas encendidas. La comitiva va presidida por una persona viva, hombre o mujer, dependiendo si el patrón del pueblo es un Santo o una Santa. Sus acompañantes no son siempre visibles. Solo un olor a cera atestigua su presencia. Caminan en medio de rezos, cánticos fúnebres y tocando una campanilla.

La fuente de todas las miserias para el hombre no es la muerte, sino el miedo a la muerte, no es lo desconocido, sino el miedo a lo desconocido, no es el semejante, sino el miedo al semejante. Sobre lo desconocido se erige una explicación, aunque sea inverosímil.

En la plaza se cuentan estas leyendas que se van enriqueciendo con lo que cada uno aporta de su imaginación. Un vecino cuenta que una vez iba caminando de noche, de un pueblo a otro, de pronto sintió un frío inusual (era una jornada calurosa de verano) y observó un lobo delante suyo. Tenía aspecto feroz y lo miraba fijamente. Él, que llevaba un cayado, intentó quitarse de en medio al animal dándole con el bastón, pero no fue capaz porque el golpe lo dio en nada, y observó cómo se marchaba a través del monte, aullando... Una mujer cuenta que, desde su casa, escuchan cómo suenan las madreñas que deja toda la familia en la entrada de su puerta. Chasquean unas contra las otras, formando estruendo. Toda la familia piensa que al día siguiente no tendrán calzado, pero cuando amanece, todo sigue en su sitio... Otro explica que una sombra le acompaña allá por donde va; cuando es noche cerrada siente su presencia con más fuerza. Dice

que le tiran de su larga trenza... Una mujer menuda, con arrugas surcadas, comienza a carcajear y se le ocurre decir que se recoja el pelo como todo el mundo... Son historias, que nunca creí, pero que dan vida a los pueblos

El vacío, lo insoportablemente desconocido, hay que recubrirlo de alguna manera

También se especula sobre los comentarios que llegan de los que han partido hacia América, sí, de aquellos se decía que «iban a hacer las Américas». Se fueron a comienzos de siglo; embarcaban en Vigo y la travesía podía durar treinta días o más. La penuria económica y la falta de horizontes los obligaba a huir de sus lugares de origen. Casi todos emigraban a la América hispana, a las *Indias Colombinas*, por eso se les llamó Indianos. Llegaban a su destino con la esperanza de un mundo mejor. Allí, a base de esfuerzo, muchos lograron sus propósitos. Algunos solo regresaron por la añoranza; otros por cuestiones del destino, o porque habían conseguido sus propósitos. La mayoría ayudaba como podía al bienestar de los que aún no nos habíamos marchado. Comenzaron a hacer aparición los adornos de oro, y los mantones de Manila y otros obsequios que fueron motivo de orgullo cuando los exhibían a su regreso. Hubo emigrantes que labraron verdaderas fortunas y también se hicieron un nombre importante al otro lado del océano. Las gentes del lugar son trabajadores por naturaleza, y saben que la vida les dará si ellos contribuyen con su esfuerzo y tesón para que sea así. Otros enviaban cartas que llegaban después de mucho tiempo, en las que hablaban de bonanzas y grandezas allende los mares. Veo como si estuviera sucediendo ahora (¿sucede?, ¿es una ilusión?), el día en que Isa iba a despedirse al cercano pueblo de Fonteta. Arropada por los suyos, abraza a tantos familiares y vecinos que con los brazos extendidos le desean una partida feliz. ¡Ah!, Otis, estoy

mirando todo eso y me parece hoy. Ya no soy el que era,

Vine para acompañarte a atravesar este paraje insólito, para ti y para el resto de los hombres, donde el conocimiento sensible sucumbe tras los límites que impone la carencia. Tu vida verdadera no es esta. La que está en lo que relatas. En la tierra se cosechan experiencias sensibles, nada más. Todas ellas te pueden ayudar a crecer porque de las situaciones más tristes y dolorosas se pueden extraer grandes enseñanzas. Ahora no se trata de que recuerdes tu vida, sino de que eres precisamente esa vida, lo construido. Solo parece que hablas contigo mismo, que mantienes un soliloquio sin sentido, eso que eres, soy, estoy en ti, yo soy tú.

«Sí... Logros y fracasos, vidas y muertes van circulando ante mí, eres tú y soy yo. Desfilan felicidades y tristezas. Siempre vuelvo al campo, si bien mi vida transcurrió entre este y la ciudad. Creo que fue una gran experiencia... La Naturaleza. Admiraba los abedules y los eucaliptos, la hierba, los prados secos y los que estaban llenos de fertilidad. Las flores... y los *alijostes*, con su copa redondeada. Las mimosas cuando invaden con su olor las calles y los caminos, los animales..., todos son mis preferidos. Todos tienen su lugar en el mundo, su presencia no es accesorio. Son necesarios. Recuerdo senderos caminados por mí, arriba y abajo. Y mientras piso los guijarros del camino, me paro a pensar... Me hago muchas preguntas sobre la muerte y la vida, sobre el más allá y la existencia de Dios. Y hablando de Dios, nunca pude entender cómo permite las guerras, cómo permite el sufrimiento.

La muerte y la destrucción han estado presentes en la historia del universo desde sus inicios. Es una ley inquebrantable. Hay algo que diferencia este mundo del otro: la eternidad. Nada cambiará esta verdad, la única verdad que el hombre se empeña en cambiar. Cuantos avances puedan llevarse a cabo no son más que intentos fracasados

dos por cambiar lo inmutable. Los seres humanos cada vez se alejan más de ellos mismos, sin saber que es en el interior de cada uno, más allá del yo donde se depositan, donde yacen las respuestas. Tú me estás hablando, entonces yo, por mí mismo, no estoy encontrando las respuestas, las encuentro a través de ti. Si yo poseyera ese conocimiento que dices, no sería necesario que estuvieras aquí, junto a este cuerpo inmóvil, invadido por la terrible enfermedad del Alzheimer».

¿Quién dice que no estás hablando contigo mismo? ¿Quién te dice que no soy parte de ti?

«Para mí eres nuevo. No te conocía hasta ahora».

Que no me conocieras no quiere decir que yo no estuviera presente... El alma suele ser la gran ausente y, a la vez, la gran desconocida. No se repara en que el alma es como una nube que recoge para luego verter.

«Lo esencial está más allá de la materia. También es invisible a los ojos. El alma es la esencia de la vida, que siempre termina, tarde o temprano. Sin embargo, el alma continúa, es eterna. En este silencio que me ha invadido durante esta última etapa de esta vida que cada vez es menos mía, que cada vez se escapa y huye libre, he descubierto esta verdad».

La esencia se opone a la existencia, eso que nos presentan los sentidos. La existencia es solo una posibilidad...

En esto consiste el ser humano y lo material, tan solo en una posibilidad. La especie humana se cree superior tan solo porque tiene un atributo: el pensa-

miento, pero si se quita este atributo, queda reducido a un animal, ¿y los animales qué son? Ahora que me adentro, ahora que me alejo, lo entiendo. Toda la materia tan solo es una representación posible; su realidad es su esencia, y esta solo se conoce cuando se regresa del mundo material. Todo es. La vida, el estado de ser vivo, es un acto de creación, un reflejo del origen del que parte, no es accesible a la mente humana, porque esta encuentra la limitación de la propia vida, la propia existencia, que es empírica, El estado de ser vivo es una apariencia, como los árboles que veía reflejados en las aguas quietas de los remansos: si los miraba fijamente, estaban ahí, eran reales, y sin embargo... así es la realidad, como una manifestación de lo real. Las ideas sobre la vida que hay más allá de la muerte, incluso la muerte misma, están condicionadas por el pensamiento racional, que es un conocimiento sobre las imágenes, pero no de las esencias, de manera que aunque lo sientas o lo percibas por los sentidos, nunca podrás tener el conocimiento absoluto. El hombre es un ser limitado. Todo se forma, como se puede formar un grano de arroz; antes de ser era; se extendía imperceptible a los órganos de los sentidos, de manera que, al ser negada esta dimensión por los sentidos, al no poder ser inteligible, el hombre lo llama nada ¡ la nada, es lo único que, de todo esto, puede concebir la mente humana !; y sí que era nada porque el ojo humano no puede ver el Universo que vive tras los que miran. Un misterio es la falta de explicación, y eso arrastra todo el conocimiento.

«Tú, que eres más que la realidad concreta, que conoces todos los rincones, porque habitas en todas partes, vives en mí sin ser yo, vives en mí y en todos, ¿por qué entonces los disturbios y las guerras?»

El ignorante se imagina que todo el universo gira en torno a sí, solo existe para su beneficio. Usufructuario de todo, cree en vano que nadie más habita en él. Por eso, si algo le sucede contrario a estos bajos deseos, piensa tajantemente que solo lo malo es real. Se olvida que el hombre ha sido llamado para la libertad, pero ocurre que, en no pocas ocasiones, esa libertad es una excusa para los bajos ins-

tintos de la carne. De la ignorancia, le es difícil librarse al hombre.

«Me duele todo el cuerpo. Mis huesos parece que me los retuercen. Esta enfermedad es tan cruel...»

La vida es cruel para el que no sabe que el sufrimiento es el camino, solamente si aceptamos el sufrimiento, si lo enfrentamos, lo podremos abrazar y superar. La huida solo conduce a una angustia mayor: la de saber que el sufrimiento te volverá a salir a tu paso en la próxima curva.

Todo está en el Ser Humano, que vive implorando fuera lo que en realidad está dentro de él. Lo bueno y lo malo. En cada ser habita la luz y la sombra. A base de esfuerzo es como se transitan las laderas, se suben empinadas cuestas hasta conquistar las más lejanas cimas. El trabajo y la fatiga marcan la importancia de las cosas. Al final, puede que no encuentres en la cima lo que buscabas, pero lo importante es la ilusión que has puesto en el camino, que te ha empujado hasta allí.

«Subir a la cima... cuesta tanto trabajo..., pero únicamente el que vive puede escribir su historia. Y vivir es esfuerzo. Quien no vive, quien no lucha por algo, aunque vea, aunque sienta, nunca podrá conocer el placer de haber llegado, de haberlo intentado y haberlo conseguido, aunque sea parcialmente...»⁶

Tus orígenes son los principios de la vida; las sucesiones de experiencias hicieron posible que hoy seas así. Los logros que aprendiste quedaron prendidos en el Alma, que vive inmortal, y aunque hayas sido muchos, eres uno, porque el Alma vive y aprende, pero hay que tener en cuenta que siempre se es el mismo, la parte del Todo, y este es su destino final. El camino de la vida lo lleva al lugar de partida. En el comienzo no hay nada; a medio camino nada permanece; y al final

nada sigue. Dejas algo para encontrarlo Todo. El Alma duele, y no existe nada más desconsolador que el dolor del Alma. El Alma vibra, y cuando vibra alcanza el firmamento en una especie de onda expansiva y vuela, vuela hacia los confines. El Alma, cuando sufre, se arrincona en su núcleo y queda sepultada bajo el peso de la pena, y se intimida llorando en su propio cobijo. El Alma goza, y cuando goza intensifica cuanto le rodea, y absorbe con su gozo las propias angustias, las propias penas, y contribuye a calmar penas ajenas. El conocimiento que proporciona el Alma, se eleva hacia la Sabiduría y sus destellos iluminan el que Es, en su silencio, conduce al que escucha y medita por los caminos de una Sabiduría nueva, más allá del conocimiento de los sentidos. El Alma es la esencia del que aprende viviendo, y encuentra el motivo de su Existencia. Avanza despacio, dice el sabio, y llegarás pronto. Pero hay algo que puede turbarla, empañarla y desorientar su camino: las pasiones del hombre, de ellas cabe guardarse.

«Parece que Otis ha entrado en mi vida así, de repente, sin previo aviso, no adivino el porqué...»

Estuve en ti y en todos, unos lo perciben, y otros no. Soy lo que fuiste, lo que eres y lo que será... La generosidad, la grandeza de cada uno, está, en parte, en eso: dar cobijo al indigno, al que no lo merece.

«Estoy tan sorprendido...»

La sorpresa siempre es un encuentro con lo inesperado...

LA ENFERMEDAD DE LOS ADIOSES

«Quienes creen que están presentes en Dios los atributos esenciales de existencia, vida, poder, sabiduría y voluntad, han de saber que tales atributos no tienen el mismo significado hablando de Dios que de nosotros, y la diferencia no consiste solo en magnitud, o en grado de perfección, estabilidad o permanencia. No hay nada en común, en ningún sentido, entre los atributos que se refieren a Dios y los que se refieren a nosotros, ni hay entre ellos otra afinidad que la de las palabras»

(Maimónides *Guía de perplejos*)

«Ya no vivo yo, sino que vive Cristo en mí»

(Carta del apóstol Pablo a los Gálatas)

Los días van pasando. Todo discurre con normalidad, con cierta monotonía incluso. Estoy, como es habitual, postrado en el sillón, o en cama, no me apetece levantarme... de repente cuanto tengo a mi alrededor parece desvanecerse, mezclarse unas imágenes con otras...

oigo algunas voces que no acierto a saber de quiénes son... luego se me presenta mi familia, mi padre, mi madre... Estoy en un pasado, que cada vez me sostiene y me envuelve con sus tentáculos, me engulle... Cada día que pasa tengo experiencias nuevas, aunque parezca que no tengo vida. Acaricio cuanto hay a mi alrededor con mis ojos, ora se desvanece... ora una escena nueva... con mis ojos, pero miro sin ver. Algunas veces comienzo a hablar unas palabras que nadie entiende porque están fuera de contexto, o eso dice una voz que tengo a mi alrededor, que a veces es mi Isabel, que interpreta a su manera cuanto digo, y a veces se me revela como una voz que no reconozco, que me es extraña y ajena, incluso me da miedo y rechazo... Siendo el recuerdo, rechazo por ajeno cuanto es presente por ser extraño. Siempre con signos victoriosos, Isabel, a veces Isabel, otras no sé quién es ni qué pinta en esta escena en la que me hallo atrapado, se dirige a mí con besos y caricias... me gustaría decirle todo lo importante que ha sido para mí, todo lo que no le dije en su momento, creyendo que siempre habría tiempo para ello.

El balance siempre se hace antes de rendir cuentas... antes, en el tiempo de la recogida, se está demasiado entusiasmado con la cosecha como para sopesar...

En este ir y venir constante, que me mantiene en muchas ocasiones inseguro, con miedo incluso, surge, de no sé dónde, un sentimiento de arrepentimiento de muchas cosas. Ahora pienso, por ejemplo, que pocas veces le dije «te quiero», aunque en muchas ocasiones deseé decírselo; pero ahora ya no puedo, las palabras no me vienen a la boca...o quizás me vienen otras palabras que no tienen que ver con la realidad que ven mis ojos... no sé porqué lo digo.

Isabel lee todo lo que puede sobre el Alzheimer. Sabe más que yo, desde luego, porque a mí lo único que me dice es que «enseguida voy a mejorar, y voy a volver a caminar». Pero ignoro que estoy enfermo...

Sé que Isabel, hace tiempo, ha ido al Doctor, y abiertamente le hizo preguntas sobre la enfermedad. Se interesa por todo. Es una mujer que no deja de luchar y sueña con la esperanza de que un día, un fármaco milagroso... tal vez... el mismo milagro, haga que vuelva a ser aquél que un día fui.

—Me llamo Isabel, quisiera hacerle algunas preguntas sobre un tema que me tiene preocupada. —dijo mientras titubeaba ligeramente y tomaba asiento ante el médico

—Usted me dirá —respondió al tiempo que rodeaba la mesa— le iré contestando a las preguntas que formule... y que pueda responderle, claro —Tomó asiento y la miró de frente.

—Mi marido padece la enfermedad de Alzheimer. —No sostuvo la mirada del médico, la apartó hacia un armario con libros, evitando la tensión de las pupilas del médico, y lo que era peor, el sentimientos de angustia que la embargaba.

—Dar toda la información no es fácil, tampoco recibirla, en cierto modo hay que estar preparado.

—De momento creo estar preparada, vamos, a estas alturas no creo que me vaya a sorprender de nada... —Nuevamente titubeó e intentó evitar mirar de frente al médico— O al menos eso creo... —Finalizó.

—En todo caso, pregunte cuanto desee saber, veremos qué es lo que está en mi mano poder responderle. Estamos para ayudarla, claro —intentaba una proximidad con Isabel, un acercamiento que diluyera su angustia— disipar las dudas es en parte disipar miedos —

prosiguió—, no obstante siempre hay un remanente afectivo que es imposible de disipar, a veces es preferible que así sea —ahora era él quien evitaba mirarla a la cara—. Si en alguna ocasión no entiende algo, no dude en preguntármelo, de nuevo a veces es difícil alejarse del tecnicismo y ofrecer una explicación más sencilla.

—He leído algo sobre el tema cuando me enteré de la enfermedad de mi marido, pero siempre quedan dudas por despejar, no sé... los libros no son suficientes.... —Buscaba algo más que información, buscaba una *respuesta* que no encontraba en los libros, y que sabía que no encontraría— No obstante siempre es bueno saber sobre lo que uno no conoce. Además hoy no se me van a ocurrir todas las preguntas...

—La información que ofrecen los manuales peca a veces de demasiado simple, o demasiado técnica...

—Pese a ser mujer sencilla, de las de antes, con una vida básicamente al cuidado de mi familia que no me ha dejado margen para nada más, he intentado por mi cuenta buscar respuesta a algunas cosas —intentaba disculpar esa «sencillez» que en algunas ocasiones le había supuesto un lastre— y con este tema, lo he intentado y así continuaré... aunque es muchísimo más complejo, claro... —Sin embargo, sabía que la *respuesta* que buscaba, no estaba en los manuales.

—Lo primero que debe haber leído es que la enfermedad de su esposo está dentro del grupo de las demencias seniles y paraseniles, siempre suelen empezar los manuales clasificando la enfermedad, y luego suelen seguir diciendo que es una enfermedad neurodegenerativa...

—Sí —prosiguió Isabel—, y que es la causa más frecuente de deterioro mental tanto de menores como de mayores de 65 años, que la sufren entre el uno y el seis por ciento de la población. Esa información estadística está en todas partes... —intentó dar muestras de su información, pero a la vez dejó más al descubierto que su ansia trascendía la información concreta...

—La causa del deterioro es desconocida, eso también se explica, y es el objeto de las investigaciones: averiguar por qué, qué hay detrás, y por qué afecta a este número y no a más. Una proporción que ronda sobre el diez por ciento se suele atribuir a la herencia, por una transmisión que llamamos autosómica dominante, es decir, que la madre o el padre la padecen y la transmiten obligatoriamente a los hijos, lo que no quiere decir que la sufran en la misma medida... Pero de nuevo, no estamos seguros de esto.

—¿Significa eso que mis hijos van a padecer la enfermedad? —Una nueva preocupación que no pudo disimular vino a añadirse...

—No exactamente. Para que se desarrolle la enfermedad, parece ser que deben confluír distintos factores. En muchas de estas familias se ha demostrado una alteración en el ADN de la célula. El ADN, para entendernos, es como un código secreto que está dentro de las células que tiene toda la información del cuerpo. En este material, que está dentro del núcleo de la célula, viaja toda la información, allí se nos dice quiénes somos y de dónde venimos, qué parte de uno tiene y cuánta del otro... de alguna manera, toda la información de la especie está dentro de cada célula, es algo increíble...

—Eso quiere decir que no se puede prevenir de ninguna manera...

—No. Actualmente solo se puede diagnosticar, al no saber la causa, la prevención es un objetivo imposible de alcanzar, podemos intuir causas más o menos próximas, pero las finales, las que hacen con la prevención, no las conocemos... Lo que sí es muy importante, es que el diagnóstico se haga lo antes posible, con eso ya nos damos por satisfechos hoy por hoy... Un diagnóstico a tiempo ayuda a retardar los efectos de la enfermedad...

—No sé qué es peor... A veces pienso que el diagnóstico precoz en estas enfermedades tan solo sirve para crear angustia e in-

certidumbre... Lo único que se sabe es que vas a perder la cabeza, y que lo vas a hacer poco a poco... Se mantiene a la persona en vilo... —No pudo disimular su inquietud—. Todos esperamos una vacuna o un tratamiento para poder solucionar estas tremendas lacras... Algo, no sé... Lo peor es no poder hacer nada y ver que se te están alejando poco a poco y tú ahí, sin poder remediar... No sabe lo que es esto... Hay que vivirlo para entenderlo... Tantos estudios, tanto dinero destinado, tanta gente investigando... A alguna conclusión habrán llegado, a algún lugar habrá conducido... —No pudo disimular su desespero y una indignación que trataba de mantener acallada.

—Como le dije —prosiguió el médico—, en el ADN viaja toda la información, en unos dispositivos que se llaman cromosomas, supongo que habrá leído algo de esto; un fragmento de estas es el cromosoma veintiuno. Cada cromosoma —prosiguió— está compuesto por múltiples genes. Las mutaciones en estos genes son las mejor estudiadas —evitó dar una información técnica que escapara a su comprensión, por otro lado, empezó a darse cuenta que lo que buscaba era una respuesta a su desesperación, que era distinto.

—Pero se hará algún otro tipo de estudio... No sé... Con el cerebro de los pacientes, por ejemplo, una vez han fallecido... No sé, otros caminos...

—Depende. En ocasiones también se hacen este tipo de estudios morfológicos una vez ha muerto el paciente. Es lo que se denominan estudios post mortem. Observando en el microscopio el cerebro de los pacientes con enfermedad de Alzheimer, se han visto lesiones o alteraciones que no se encuentran en cerebros sanos, entre otras, pérdida de neuronas. Las lesiones se distribuyen por distintos lugares del cerebro, principalmente por lo que llamamos neocorteza, pero también por otras zonas. El por qué se producen paulatinamente estos cambios morfológicos en el cerebro, es algo que desconocemos. Es curioso que en el resto de pruebas de sangre, por ejemplo, todo

es normal, también el electroencefalograma es normal. En cambio en los escáneres y resonancias magnéticas, es donde se observa una atrofia cerebral difusa.

—Claro... Es por eso que poco a poco llega el deterioro irremisiblemente...

—La degeneración de las distintas partes del cerebro da lugar a síntomas diversos, obviamente, como modificaciones de la personalidad, trastornos de la memoria, ánimo deprimido, alteraciones del carácter... todo esto según la zona que se halle afectada. Los síntomas, tarde o temprano acaban por aparecer todos, porque el deterioro global, tarde o temprano acaba por instaurarse... Una vez avanza la enfermedad, también pueden aparecer unos movimientos involuntarios que llamamos mioclonias, e incluso una cierta rigidez muscular.

Isabel no supo cómo reaccionar. Sintió cómo un sentimiento de abatimiento y desánimo la invadía, un sentimiento que no era nuevo. La enfermedad, a modo de una gangrena, poco a poco le había ido corroyendo el cerebro a Antonio hasta acabar con él... Y lo peor: nada se podía hacer...

—¿Sobre qué edad se comienza a desencadenar la enfermedad? —preguntó, aunque este dato le importaba, en realidad, poco; se trataba de él y era en esa edad, en unas precisas coordenadas, cuyo significado le era inaccesible, que había hecho su aparición. Sin embargo, quiso saber...

—Tampoco es preciso. Se sabe que cuanto más avanza una persona, mayor es la probabilidad de que aparezca. Suele empezar a partir de los 40 años. Sin embargo, hay casos aislados que hace su aparición antes, durante los treinta o incluso antes. El inicio pasa desapercibido, a veces una pérdida de memoria, falta de concentración, que se suele achacar a coyunturas vitales. Luego aparecen otros síntomas, más llamativos, como las dificultades en la expresión, o la comprensión del lenguaje, que alarman a quienes están más cerca del paciente y a me-

nudo provoca menoscabo, burlas, abandono... Claro, el paciente es consciente de todo esto, no comprende tampoco lo que le pasa, ante lo que no puede hacer nada... esto hace que empiece a transitar por un camino de espines angustia y oscurecido por la depresión.

—La verdad es que mi marido comenzó a los ochenta y tres años. Hoy ya tiene noventa y uno. Pero mucho antes ya veía que no era el mismo. Estaba obsesionado con temas que en otro tiempo carecían de importancia para él... Inquieto... Sí... algo angustiado —intentó recordar.

—No son raros los trastornos de la personalidad, sobre todo en las etapas intermedias de la enfermedad, incluso algunos síntomas psicóticos. El porqué de estos síntomas... Tiene que ver con cada paciente, su historia, su pasado. Al final, el paciente pierde su capacidad de percepción, de hablar y de moverse, el control de los esfínteres y demás, quedando en un estado vegetativo.

—Como el que tiene él ahora... —miró al suelo presa de una tristeza que no quería tampoco disimular.

—Sí, claro... La enfermedad evoluciona desde un primer estado en que el enfermo sufre olvidos, está sujeto a constantes cambios de humor y puede tener problemas en la utilización del lenguaje, aunque todavía es capaz de realizar su actividad cotidiana...

—Recuerdo —interrumpió— que él, no podía encontrar las palabras, cuando intentaba narrar un hecho, o simplemente comentar una situación que acababa de suceder, no encontraba la palabra adecuada. Aparentemente todos le veíamos como una persona normal, aunque algo me decía que ya no era el mismo de siempre...

—Suele suceder así, solo los que están más atentos y más cercanos sospechan que las cosas ya no son como antes, que algo está cambiado... Más adelante —prosiguió— se sufre una importante alteración de la memoria reciente, el lenguaje se empobrece y la conversación con los demás se ve progresivamente reducida; el comportamiento está sometido a re-

acciones desmesuradas, el paciente tiene dificultades en la manipulación de los objetos y ya no es capaz de enfrentarse sólo a la vida diaria.

—Sí. Él recordaba muchas cosas de su infancia, pero nada de lo que le había ocurrido en los últimos días. También había momentos en los que le daba por abrazarme todo el día, y a nuestros hijos también. Otros días se mostraba mucho más tranquilo... todo el mundo se sentía muy desconcertado con su actitud; claro que por ese entonces aún no teníamos conocimiento de que pudiera estar enfermo. Solo le veíamos un poco «raro».

—Suele suceder así, nadie espera que nadie de su familia vaya a sufrir una enfermedad incurable, ni esta, ni ninguna, al menos no es lo más frecuente... siempre se echa la culpa a otras circunstancias, se buscan excusas, explicaciones... Luego —prosiguió nuevamente el doctor— el paciente puede conservar lo que suelen llamar memoria emocional; pero su humor es imprevisible, y se limita a balbucear palabras incomprensibles; pierde el control de los esfínteres, le cuesta tragar y su actividad cotidiana habitual ha desaparecido completamente.

—La verdad es que él casi no ha tenido cambios de humor...

—Usted le conoce muy bien; seguramente ha estado pendiente hasta la saciedad, de todos sus gestos... Sus emociones...

—Sí... él era una mezcla de integridad, amor, bondad... Esa bondad que aún hoy reflejan sus ojos verdes. Ese verde que se confundía con el campo al haber contemplado durante tanto tiempo los prados. No se ha rebelado ni antes ni después... era frecuente oírle decir «*amo la vida*» recuerdo que en una conversación alguien le contestó «¿cómo dices eso? Si realmente este mundo da asco es lo que hacemos los humanos con la vida» recuerdo que me dijo en una ocasión: «*Mira estos árboles, mira los campos, mira las estrellas, mira las montañas, todo ello está hecho para la armonía. La Naturaleza es muy sabia, todo está en ella, y en ella existe el orden y el respeto, cosa que no ocurre con los seres humanos. Si la vida se empleara para ir por el camino recto, todo sería diferente y todos tendrí-*

amos la mirada puesta en el lugar del otro». Sin embargo —Isabel recordaba, hablaba para sí, no para el médico. De repente tenía una necesidad de explicar cuanto sentía a alguien— la pregunta que me hago ahora es sobre cómo acontece el deterioro final, cómo les sobreviene la muerte a estos enfermos...

—La muerte sobreviene, por lo general, como consecuencia de las complicaciones de la propia enfermedad, neumonía por aspiración es algo frecuente; el paciente no traga bien, el alimento se va al pulmón en vez de ir al estómago, y produce una neumonía.

—Creo que ya le queda poca vida... quiero saber el desenlace. Quiero decir... cuánto tiempo se quedará con nosotros —de nuevo la mirada dirigida a un punto perdido del suelo, como queriendo evitar la mirada del médico, ocultar tal vez los sentimientos que la embargaban al considerar lo inevitable.

—No lo podemos saber, debe pensar usted que es una persona muy mayor, y que de algo tenemos que morir, que no somos eternos, nadie dura siempre...

—Perdóneme. Ya sé que soy un poco egoísta, y que aceptaría su muerte a esta vida... No soy tonta, y ya sé que todos vamos para allá... Pero es que la pérdida de sus recuerdos... es algo que no pude nunca superar. Él está muy delgado, pese a que le alimentamos muy bien... parece que de un momento a otro se vaya a ir, y sin embargo, ahí está un día y otro...

—Es como si dijéramos que su propia enfermedad necesita de él para seguir avanzando... Y sus huesos resaltan cada vez más, y sus brazos y piernas, aunque se les haga masaje, se encogen por la fuerza de tus tendones, que tienden a retraerse... Algo misterioso le succiona la vida de la misma manera que le succiona la sustancia del cuerpo...

—Gracias, Doctor. Creo que me ha sido usted de gran ayuda.

—No dude en volver cuando lo desee.

Antonio supo que habían tenido esta conversación su esposa y el Doctor. Supo qué vacío llevó a la esposa a la consulta, y qué cambios precipitó en ella cuanto había intuido de la enfermedad de su esposo, y lo que habían corroborado aquellas palabras. Antonio sintió que había estado asistido en aquella suerte de viaje sin moverse, en todo momento, por una extraña presencia. Supo que el cuerpo que llamaban Antonio se iba consumiendo poco apoco, que emprendía un camino de regreso al mismo punto del que había partido...

«¿Y de qué me sirve saber todo esto? (volvía a rebullirse con movimientos estertóreos el pensamiento, aquello que habitó el cuerpo de Antonio, como intentando librarse de unas cadenas) Ya no sé siquiera que sé algo... incluso, algunas veces me pregunto si eres producto de mi imaginación, si eres real o una ficción de este extraño sueño en el que entro y salgo, y entro, y entro, y casi no puedo salir...»

Para unos soy realidad, para otros sueño, y para una inmensa mayoría, nada. Lo que intento es que la esperanza cubra el mundo. Sólo así dejarían de cometerse tanta torpeza.

Deseo que la Vida despierte y que el ser humano evolucione con paso firme y con la fortaleza de verdaderos sentimientos. «Dime... Tú, ¿lo ves todo?»

Soy un espectador invisible, a veces no me es dado intervenir porque tan solo existo en la palabra, en el verbo... solamente en algunas ocasiones puedo llevar esa gota de rocío cuando el agua está ausente...

«Me gustaría poder evadirme, salir de mis circunstancias, y aprender a ayudar como lo haces tú por si acaso otro día, cuando haya ascendido por los escalones de lo infinito, pueda también yo hablar al corazón, como tú ahora haces conmigo».

Sí, querido amigo, cada uno de nosotros tenemos una energía tan grande que, sin ser todopoderosos, puede hacerse posible casi todo. Cuánto se magnifica la vida, y sin embargo qué poco se sabe de la existencia. Está escrito que el ser humano comience su camino de nuevo, para así poder plasmar una huella auténtica, libre de visiones anteriores, desligada de lo ya vivido. El ser humano tendría que aprender a ser siempre niño, ese niño confiado que no se angustia por la incertidumbre del «que será», de lo desconocido. Confiado en el cobijo seguro de sus padres. Lo mismo ocurre con todos los seres humanos, que solo viven las experiencias necesarias para evolucionar en el camino de la existencia. Todos deben confiar y sentirse mecidos por la poderosa mano de la Verdad... Porque en la Luz la marca humana no existe, todo es imperativo. Un imperativo a seguir, fuera de la luz el camino, y que te empuja a conducirte entre los entresijos de la vida, y cómo y cuándo realizar el cambio de sendero. Todos los seres humanos vienen con el deseo de lograr esa meta que les empuja a vivir en su paso por el mundo. Pueden seguir los renglones escritos de este deseo, pero también pueden escribir un nuevo guión, un guión que trace un nuevo camino.

VIVENCIAS

Pese a que el día se había despertado cálido, Isabel sintió frío aquella mañana de septiembre. Acababa de escuchar las palabras del neurólogo. El diagnóstico cayó como una losa sobre ella. La dejó hecha añicos, como un cristal al chocar sobre el suelo. Poco conocía de esta enfermedad que acabaría por convertírsele en algo cotidiano.

Isabel había sido una linda mujer, hermosura que aún hoy conserva. Su carácter fuerte y disciplinado le concedía un peso especial en las decisiones familiares. Afectuosa y cordial con los amigos, con el esposo y los hijos siempre mostró su cariño, con naturalidad y sencillez. Ella era el amparo, el hombro que siempre acogía el llanto de los suyos. Lo sabía, como sabía que la bondad de Antonio requería de su firmeza. Quizás en esto consistía la relación y la unión que mantuvieron durante tantos años...

Hay un antes y un después de la entrevista. Lejos de sucumbir tras esas palabras lapidarias, de su interior brotó una fortaleza que la llenó de entrega, de dulzura hacia su Antonio, tanto que hoy, después de tantos años aún la conserva tal vez con más intensidad que entonces.

Únicamente se separó de él durante una semana, la que duró su ingreso en el hospital por una neumonía. Cuando volvió a su casa, le llevó uvas su fruta preferida, las primeras. Las compró con todo el

entusiasmo del mundo para su esposo. Lo cubrió de besos, y le dijo: «Antonio, toma, corazón, te he traído uvitas, esas que tanto te gustan».

Antonio, con su mirada perdida, en aparente ausencia, no contestó. Se limitó a masticar aquel bocado, sin entusiasmo. Sin decir palabra. Unos ojos, derramando lágrimas, presagio de muchas lágrimas más.

Cuando una mañana Isabel despertó, recordó asombrada un sueño con total nitidez: Un hombre llamado Otis le hacía muchas confidencias, muchas preguntas y ofrecía muchas respuestas a sus inquietudes. Alguien le dijo que no era un sueño, que realmente Otis existía, que lo había intuido siempre y que lo había descubierto en un determinado momento de su vida; sin embargo Isabel no terminaba de creérselo.

Durante muchas noches, el diálogo, tal vez imaginario, con aquel extraño amigo, fue tomando tintes de realidad, y ella recordaba cada palabra desde el primer día.»

¿Recuerdas el comienzo de esta pesadilla? Cuando tu Antonio comenzaba a sumirse en la demencia.

(Otis, la presencia omnisciente, ajena y próxima a la vez, le invitaba a recordar).

«Al principio —se respondía Isabel— crees que sus contradicciones, sus obsesiones, se deben solamente a la edad. Yo miraba con asombro su cambio de actitudes; pero en ningún momento pensaba que podía ser el comienzo del Alzheimer. Cuando nos diagnosticó el doctor la cruel enfermedad, el mundo se vino abajo. Los campos de trigo se convirtieron en cactus espinosos. Intentaba por todos los medios huir

de la realidad. Fueron días amargos... Tenía tanta sensación de pérdida que no puedo describirlo. Antonio dejaba de conocerme un día, para al siguiente volver a saber quién era yo. Vivía desconcertada totalmente. La ansiedad y la angustia se apoderaban de mí, de manera que en mi interior se desarrollaba una tremenda lucha. A veces intentaba salir a buscarme, preguntaba por su mujer y no me reconocía. Yo lloraba día y noche ante la crueldad que estaba planeando sobre este padre amoroso, dedicado y trabajador».

Sé cuanto te ha ocurrido. Es bueno recordar, y hablar de ello, porque cuando la tristeza anida en el corazón, aunque intentes eludirla, el sentimiento permanece, insiste. Hablando recordando es una manera de colocarla a una distancia.

«Yo te veo mientras duermo, y eso es porque no debes de ser real...»
—Habló su pensamiento, reservándose el confiar en tan extraño personaje...

Soy tan real como la Vida (Precisó la presencia incorpórea)

«¿Por qué me hablas cuando no estoy despierta?» —interrogó sin salir de su asombro

Esta experiencia no es ni será la única para ti. Hablo a niños en su inocencia y a los ancianos en su soledad, hablo a aquellos que no entienden las palabras, hablo a aquellos que, en su olvido, no tienen un lugar en el mundo.

No hay que perder la esperanza. Piensa que, aunque estés llevando una pesada carga, la Luz sostendrá ese peso y no sucumbirás al dolor de ver a tu es-

poso deteriorándose día tras día.

«Lo acepté con dolor... No tenía otro remedio. —Isabel, el pensamiento Isabel, (¿el alma Isabel?), prosiguió en este extraño diálogo— Tenía aún muchos planes para los dos..., disfrutar juntos de nuestra familia, aprovechar el tiempo que nos quedara, incluso haciendo algún viaje más con él... y descansar, después de haber luchado tanto. Pero comprendí que las cosas muchas veces no son como uno quiere. Y comencé a aceptar con resignación que un día no me reconocería, que empezaría a tratarme de usted... Luego me dio el rango de «señora cocinera». Es tremendamente duro ver cómo ocurre esto. Después, unas veces mostraba una actitud totalmente desproporcionada en forma de cariño; y otras una aparente y desoladora indiferencia, porque retornaba a su mundo.

Nunca pude imaginarme que fuera capaz de vivir esta situación. Ahora la alegría me la proporciona el ver que en un momento dado hace algo, que simplemente mueve sus manos o nos sonrío, que intenta decir palabras, incoherentes muchas veces... Yo interpreto y veo su mirada, y sé que conserva aún sentimientos. Sé que sufre muchas veces, y otras, que se ríe como un niño y también, aún hoy, después de ocho años con su enfermedad sigue sintiendo. Me acaricia con su mirada y sé que me diría muchas cosas si pudiera. Lo escucharía encantada porque yo vivo por y para él. Y entonces entiendo el significado de cada uno de sus movimientos. Somos como dos pájaros enjaulados... pero con la puerta abierta. Él no quiere volar porque sabe que su nido quedaría vacío si se marcha. Siempre pensé que yo misma pasaría a formar parte de los muertos cuando llegara a los setenta y cinco años. Ya sé que son supersticiones sin fundamento, que las invento tal vez porque mi madre falleció a esa edad. No sé realmente por qué lo tenía tan metido en la cabeza. Ya ves, tengo ochenta y tres, y sigo viva; pero sabes muy bien que realmente fallecí cuando

presagiaba su enfermedad, porque fue en ese momento cuando la vida de mi Antonio comenzó a apagarse, y yo me apagué con él. Dicen que esta es la enfermedad de la paciencia...».

A veces se idealiza el tiempo pasado, cuando todo estaba bien. Te imaginas que en el ayer todo fue perfecto, o como mínimo mejor... Como todos los matrimonios, el vuestro tampoco ha sido un camino de rosas, de paz y armonía a todas horas.

«¡Qué va! Nosotros éramos un matrimonio unido, pero con los problemas y los tropiezos de toda convivencia. Teníamos nuestras diferencias y nuestros enfados, lo que nunca puse en duda es la gran bondad de Antonio, bondad que aún tiene... Aún me la transmite con su mirada. No idealizo el pasado, ni mucho menos. Lo que sí ha ocurrido es que, al ensalzarse los buenos momentos, el tiempo ha hecho que estos enterraran los recuerdos menos agradables, que acabaron por diluirse con el paso del tiempo.»

No puede ser de otra manera... De no ser así, la pesadumbre y la amargura harían la vida imposible. Antonio ilumina con su presencia. No hay que esperar mucho de quien no puede dar. No es el caso de Antonio: él te da amor con su mirada. Tú, aún hoy, esperas mucho de él. Sólo es merecedor de amor quien sabe expresarse amando. Tu vida ha servido para que otros enmarquen la suya. Has iluminado muchas horas de quienes te han necesitado, has tendido la mano largo tiempo a quien la ha anhelado. Día a día, has sabido recomponer tu vida, aún en estos días grises del crepúsculo. Pero tú amaneces de nuevo, en la esperanza de cada gesto, en cada acción, en cada palabra. La vida es un viaje muchas veces tortuoso, una experiencia sin retorno..., un eslabón de un largo viaje.

«Yo soporto mi carga que, con el paso de los años se me antoja más ligera... Ya no sé si es que estoy acostumbrada, o que esa carga me hace feliz.»

Lo que para unos es una carga, para otros es entrega, amor en definitiva, que es lo que te produce felicidad.

«Durante los inicios de la enfermedad, sentía que nadie debía saber qué le estaba ocurriendo a mi esposo. Me daba reparo que la gente pensara que se trataba de una enfermedad mental. Vivía bajo ese estigma, el miedo a la enfermedad mental... Sin que se tratara de eso...

Es una enfermedad silenciosa. Puede permanecer latente durante la mayor parte de la vida. El Alzheimer siempre ha estado ahí. Podemos seguir su rastro a través de los tiempos. Ahora, la gente vive más, no sabemos si es más feliz, pero vive más, por eso esta enfermedad es más frecuente ahora que en otras épocas. Su origen es un misterio, y nada angustia más que algo que no tiene respuesta... Está ahí, en todas partes, causando muertes, robando el recuerdo... Pese a los esfuerzos que se han destinado para su investigación, las hipótesis que se han hecho, ninguna ha podido ser comprobada

Recuerdo un día, el primero que Antonio ya no supo pronunciar mi nombre. No fue capaz de llamarme, me miraba balbuceante y quería decir..., y quería decir... Y no pudo. Comencé poco a poco a morirme otra vez de angustia y de abandono. Llamo a esta enfermedad la enfermedad de la paciencia, y también la enfermedad de las muertes, porque cada día se muere un recuerdo, se diluye... Uno tras otro van cayendo en el vacío. Yo sé que todos los días nos morimos un poco, porque nuestro camino avanza desde el primer día inexorablemente hacia el final. Antonio sigue vivo, pese a que poco a poco se fue muriendo a la coherencia, a la palabra, a los pasos, a los movi-

Celia Álvarez

mientos... Hoy ya su vida es casi vegetativa. Aunque aparentemente solo es un cuerpo, estoy segura de que él entiende muchas cosas...»

Aunque su voz no diga, y sus pies no corran, más allá de eso sigue vivo. Pero sobre todo se siente amado y eso le ayuda. Es capaz de ver toda su vida desde el comienzo. Yo le hablo y me contesta, me narra su enfermedad y sus sentimientos, y los sentimientos de sus seres queridos... porque él ve sin mirar, con los ojos del alma, con los que más claramente se ve...

«Y tú... ¿qué eres?» —Isabel, desconcertada, en una búsqueda necesaria de respuesta, de una certeza a la que asirse, preguntó.

Yo vivo aquí y allá. Vivo en ti, y en el otro, y en quien me necesita. Puedo tomar forma humana y a la vez carecer de forma, ser solo un soplo de aire, que mira y ve... Que se desplaza a la velocidad del sonido... Todo y nada... Soy sin ser. Con Antonio estoy muy a menudo.

«¿Dices, Otis, que hablas con él y él contigo? Siempre me pregunté si se daría cuenta aún de nuestro cariño...».

Se da cuenta de muchas cosas... Tú te preguntas si sería posible que él se diera cuenta de tu dedicación... Él se siente amado, se siente arropado y atendido, como un niño en los amorosos brazos de su madre...

«Tengo miedo de desfallecer».

No, eso no sucederá... ¿Recuerdas el día que se incendió tu cocina y lograste apagar el fuego?

«¡Cómo voy a olvidarlo! Aquella tarde estuvimos dando un paseo. Iba en silla de ruedas. Llegamos a casa, lo acostamos y quedamos solos él y yo en la habitación; aunque oigo muy mal, escuché un sonido muy fuerte que venía de la cocina. Llegué y contemplé horrorizada cómo el extractor había explotado y estaba en medio de la cocina como una bola de fuego. Un fuego que empezaba a extenderse. Como pude, corrí al balcón de la habitación en donde estaba mi esposito y le decía: «Tranquilo, cariño», a la vez que asomaba la cabeza y pedía socorro. Y volvía corriendo a la cocina después de empapar una gran toalla en el cuarto de baño. Y así una y otra vez. Los bomberos llegaron pronto, y también mis vecinos, que al darse cuenta corrieron en mi ayuda. ¡Yo sola había apagado el fuego! Fue increíble. Aún hoy lo veo como un sueño. No entiendo cómo pude extinguir aquel fuego que dejó los muebles de la cocina retorcidos y los techos y azulejos totalmente negros... Fueron unos momentos de tanta desesperación que no puedes imaginar lo que sentía. Entre carrera hacía un lado y otro, animaba a mi marido. ¡Por si acaso fuera consciente de algo!»

Tu marido te repetía muchas veces: «Vales para todo, porque todo se te da bien». También te decía que eras una gran mujer. Espléndido ejemplo para las gentes pusilánimes, para los que no soportan el vacío, la soledad, para estos que siempre necesitan ayuda psicológica porque si no se desmoronan.

«¡Son tantas las decepciones y tantos los sufrimientos! Es muy cruel ver a la persona con la que has convivido tanto tiempo cómo día a día

se consume, se aleja irremediabilmente hacia un lugar desconocido...
Es cruel saber que no va a responderte nunca...»

*Él sigue a tu lado, recordándote continuamente. Aunque para ti, casi no esté...
Su alejamiento ha marcado los límites del camino, ahí es donde lo encuentras, en
el vacío mismo, en los límites, ahí donde no deja de ser él.*

«Yo todo el día le hablo y le cuento muchas historias... La mayoría ya vividas... Historias de nuestro pueblo, lo que vivimos, historias de nuestra familia... Le cuento todo. Y él, muchas veces creo que es consciente y me responde con la mirada. Recuerdo por él... Pongo donde él deja... Él crea el lienzo y yo lo pinto... Volvemos a estar unidos...».

Atiende lo que oye, intenta grabar en su memoria lo que oye... Tu deseo de su presencia lo ata a este mundo, tu memoria lo fija... Esa es la diferencia del destino que corren otros enfermos... El olvido, la pusilanimidad los aleja y los borran de este mundo... Convirtiéndose en nada, marchan definitivamente sin dejar huella, sin dejar rastro.... Se van con su memoria...

«También le preparo comidas que siempre le han gustado. Come y mastica... De vez en cuando, creo yo, un hilo de sonrisa ante el sabor me dice gracias».

Él te responde y te habla muchas veces con la mirada. Como una esponja, va empapándose de cuanto recibe. Él es capaz de narrarme todo desde el comienzo, por-

que, TODO, está recogido en un gran libro, tanto si la mente está lúcida como si no lo está. El Alma, Isabel, traspasa las experiencias.

«Me gustaría tanto saber qué habría sido de nosotros si no hubiera llamado a la puerta esta enfermedad...»

La vida no es fácil: se labra poco a poco con los sufrimientos y los placeres. Nadie puede saber qué habría sido de vosotros si a él no le hubiera sobrevenido la enfermedad. Es una historia por hacer; vosotros, ambos, tú y él tomados uno a uno incluso, sois esta historia. La otra simplemente no fue, no se hizo. Escribir una historia es renunciar a las historias posibles, a las que se dejan por vivir... Una historia deja la posibilidad a otras muchas...

Poco a poco se abrió un espacio entre ambos y, como si de una película proyectada se tratara, empezaron a sucederse imágenes, retazos de vidas, de parejas que convivían... Parecían imágenes sacadas de un archivo. Mientras, Otis, en su interior, en un lugar que no podía localizar, iba diciendo:

El sufrimiento es ilimitado hay una forma de sufrir para cada uno. A veces una pequeña cosa hace sufrir tanto a una persona como la situación más dolorosa para otra.

Y poco a poco empezaron a sucederse escenas de una historia, su historia...:

Una lujosa casa, con pisos ajardinados, coches de lujo en la puerta. Se abre una elegante puerta que deja paso a un lugar impecable; muebles con marquetería, alfombras persas, adornos traídos de diversos lugares del mundo en los viajes realizados tiempo atrás. Una elegante mujer, alta, delgada, con pelo recogido en un moño, parece una escultura. De pronto se vuelve y podemos ver a una mujer de unos 80 años. Su rostro, aunque arreglado por prestigiosos cirujanos, denota el paso de los años. Muy erguida, que a buen seguro en otro tiempo ha tenido que ser espectacular, aún hoy conserva intacta su elegancia. Llega su esposo, compañero de toda una vida. Él tiene un porte de gran señor, un poco encorvado, con bigote y pelo canoso. Su caminar cansino denota una edad similar a la de la esposa. En otro tiempo debió de ser un matrimonio de revista, que cuando paseaba la gente se giraba a contemplarlos. Él entra en la casa y lo primero que hace es ir al lavabo. Es una constante en su vida el lavarse las manos continuamente, puede hacerlo cuarenta o cincuenta veces al día. A cada momento: cuando tocaba una puerta, cuando daba la mano a alguien (si es que no podía evadirse), todo le parecía que estaba contaminado, esto llegó a convertirse en un grandísimo problema para la convivencia. Durante muchos años visitaron a reconocidos psicólogos, de poco sirvió. Su piel estaba muy deteriorada de tanto frotarse, y ya no tenía solución. Ella fue asidua del bingo, donde gastaba fuertes sumas de dinero. Siempre lo había hecho y, aún hoy, lo sigue haciendo. Se escudaba en que tenía un esposo que nunca le había aportado otra cosa que no fuera dinero. Él decía que su mujer solo sabía contemplarse en el espejo y gastar verdaderas fortunas. No existe la más mínima comunicación entre ambos, porque los dos se han dejado por imposible. Y cada uno vive a su modo, al margen del otro.

Paulatinamente la imagen se fue difuminando y dio paso a otra historia, aparecía proyectada en su mente como en colores sepia...

Este hombre está todo el día de taberna en taberna. Siempre ha sido así... Tenían dos hijas; cuando llegaba él a casa, cada día, estaba sin la coherencia que requería para hacer frente a sus obligaciones, a sus presencias, a sus afectos. Su esposa se sintió muy sola durante toda la vida, y él dormitaba después de llegar a casa, tendido en el sillón. Con los años, ya ancianos, sigue en la misma tesitura. Cada cual hace un poco su vida; ella se sintió siempre sola, tuvo que afrontar los problemas domésticos y otros muchos derivados de las costumbres de su esposo. Nunca han llevado una vida feliz, pero dada la época en la que vivieron, nunca llegaron a separarse. Él no maltrató físicamente a su esposa; sin embargo, el sufrimiento siempre estuvo presente en ambos, ¿no crees que la soledad es una forma de sufrimiento?, ¿no crees que no compartir conversaciones ni afectos, ni problemas, es uno de los mayores sin sabores?

Estas no son sino una pequeñísima muestra de un modo particular de sufrimiento humano, de cómo el mismo ser humano crea su propia jaula. El sufrimiento, a veces pequeñas cosas que son llevaderas, el modo de soportar la vida, que siempre es eso que no tengo, eso que no espero, eso que no pido. El sufrimiento y sus mil caras, sus mil modos de presentación. La existencia es un camino por hacer. Cada uno tiene sus cartas con que jugar la partida. Lo importante no es qué cartas tengo, sino cómo se juega la partida. Tú has sabido llevar tu carga dando amor; esa es la mejor forma de aliviar el peso del sufrimiento. Dando amor, te libras del sufrimiento. Dar amor, a la postre, es la mejor medicina contra la soledad, la pusilanimidad...

«¿Sabes cómo me gustaría nuestro final?»

Como todo, está más allá de tu deseo, pero siempre se puede soñar... Perseguir un sueño siempre es importante.

«Desearía pasar al otro lado cuando mi esposo traspase la puerta; un poco más tarde que él, para que no les quede ninguna carga a mis hijos si yo parto antes. Me gustaría que él se fuera lentamente, sin hacer ruido, como ha hecho siempre... y que con la mirada me dijera «Te espero. Ven conmigo». Una mirada suya, tan intensa, tan llena de cariño, tan llena de vida interior, que mantuviera viva mi convicción de su espera. Y yo, cuando ya se haya ido, poco a poco, abrazaría su ausencia y me iría tras él. En el otro lado volveríamos a ser jóvenes. Su mano, sin ser mano, cogería la mía. Y sus palabras, sin ser palabras, me dirían «te quiero». Y yo le diría; «Gracias, amor, por esperarme».

Recuerda que debes saber decir, a quien quiera escuchar, que la vida aquí no es más que un estadio de otra vida que se extiende más allá. Que en cada uno vive la incerteza, que esconde un señuelo que es el que nos conduce: la ilusión de la verdad, mientras en la carne se absorben cada uno de los momentos vividos... Que en las cosas pequeñas está la clave para que el jardín no deje de crecer, y la satisfacción de la cosecha motiva que nos esforcemos en su cuidado. Que el conocimiento yace en cada uno, siendo posible acceder a él volviendo la mirada hacia nuestro interior, y que eso no es fácil. No intentes caminar si no sabes que tienes pies. Y no intentes volar si sabes que no tienes alas. Busca en ti y encontrarás que tú eres más de lo que conoces, que hay otro que se extiende más allá de cada cual. Los recuerdos te pueden dotar de una certeza, pero dentro de cada uno tal vez viva la duda, y el

miedo a la duda, a lo incierto, te puede restar valentía para defender tus convicciones. Cada uno sabe más de lo que puedes imaginar, pero la tortura del miedo paraliza cualquier intento de enfrentar ese interrogante. Busca en las vivencias pequeñas esa felicidad que habita en el propio ser. No te aflijas por suposiciones absurdas y hallarás agua en un desierto. Has sido grande, y te lamentas de momentos tristes que has vivido, sin darte cuenta de que tú misma, alguna vez, has hecho que tu actitud hiciera padecer. Ríete más y contempla el tiempo que te queda, como ese paseo limpio a las puertas de la primavera. No tengas miedo, porque la nada no existe, y tú y los otros brillaréis sintiándoos Vida. No creas que las metas están cumplidas, porque una meta descubre otra y siempre resta un trecho para llegar. Cada uno lleva un motivo para que desees alcanzar el día siguiente, y así la vida se convierte en una guirnalda de días encadenados. Frota tus ojos y vuelve a mirar.

Tránsito

Antonio y Otis están cada vez más cerca. Antonio, mezcla de dolor y nostalgia, y Otis, la Verdad. El camino recorrido acorta las distancias que los separaba. Antonio vuelve al punto de partida: el Uno, el principio y el fin, saber que no se sabe. Pese a los grandes silencios, Antonio *sabe* que no está solo, que jamás le abandonará. Partió de él y vuelve a él. Sin saberlo, recorrieron todo el camino juntos. Antonio nota que sus piernas y sus brazos se van agotando, su vida se va consumiendo como si succionaran el contenido de un gran biberón.

Antonio, está llegando tu hora. Pasarás al otro lado. Tiéndeme una mano.

«Mi mano es tuya».

Era un susurro en el silencio, ante un mundo de plasma, sin formas, con colores brillantes e intensos que se sucedían, atravesados por una suerte de luz intensa, clara, blanca..., cuyo origen no se acertaba a determinar: ante él la eternidad.

Has dicho muchas veces que no existe fin, y que todo continúa... Es la hora de continuar el camino, ahora tú en mí recorrerás parajes ignotos, caminos insospechados, lo que dejaste por ver, lo que te negaron los sentidos...

«Se trata de dar un paso... No siempre se está a punto de darlo... Me da miedo la oscuridad del después. Tal vez el Sueño Eterno carezca de imágenes y vida. Me da miedo que la luz y los colores que veo no sean más que una ilusión de los sentidos, y luego... luego...»

En el borde de la Eternidad sintió angustia, como un vértigo que le sobrevenía. El cuerpo Antonio empezó a sudar... Hubo unos movimientos espasmódicos que atrajeron la atención de Isabel. Los hijos lloraban...

Vivirás sin vida... Es la eternidad... Aquí, en el otro lado, todo es infinitamente más hermosos porque es Luz.

«El silencio, el infinito, las luces que brillan cerca, me rodean, me atraviesan, son ellas y soy yo... es una presencia inquietante... Dime algo más de esta otra dimensión.»

Una emoción indescriptible le embargó, un deseo de fusionarse con esa luz-color que le envolvía, esa masa densa, pero inaprensible que lo envolvía le embargó... La angustia había cambiado de polaridad... El cuerpo 'Antonio' seguía agitándose... La familia estaba inquieta... «Parece que quiere irse...» Dijo alguien... Y alguien le respondió... «Cuando

los enfermos quieren levantarse les queda poco de vida... es como si quisieran marcharse a la otra vida» Isabel lloró de nuevo, y los hijos sintieron que les flojeaban las piernas. Un escalofrío circuló por todo su cuerpo...

No es otra dimensión, es Permanencia, no hay fuerzas en acción, se es Energía... pura y eterna. Es el lugar de la Unión con el Todo, que es uno y partes, vida formada de infinitas motas de vida sin principio ni fin, interminable... Ahora nos unen sutiles hilos invisibles... Siempre estuvieron ahí... Podemos volar sin movernos, viajar sin ir... Con total libertad por paisajes inimaginables... La felicidad que existe aquí es el vuelo libre del Alma, una experiencia incomparable a cualquier experiencia que ofrezcan los sentidos.

«Dame la mano... No tardes más... Tengo que abandonar esta cárcel en la que me refugio, hecha de pellejo y huesos, de carne que se consume minuto a minuto... Quiero romper estas paredes que me aprisionan... Y volar...».

De repente sintió el tacto cálido de una mano que le asía la suya y le invitaba a seguirlo. Antonio titubeó. La voz, provenía de esa dimensión de luz-color, destellos-brillo que se agitaba ante sí, no era cuerpo ni forma.

«Quiero que mi familia me arroje... Qué va a ser de ellos, quién les va a consolar en su llanto, quién va a llenar su soledad...».

Ella siempre a tu lado... Mírala... Poco a poco te has ido apagando, pero un trozo de ti se mengua agrandando el otro. Siempre es así... Ese es en el que yo vivo.

Te irás sin marcharte. Verás sin ojos y mirarás sin mirar. No amarás, sino que estarás en el amor.

«Tú me llevarás por esos lugares... Necesitaré un guía que me conduzca por estos parajes extraños...»

Elévate conmigo... Vamos a traspasar la Puerta. Este es mi trabajo, ayudar a traspasarla. Te tomaré de la mano, como hice con tantos otros, para que encuentres seguridad y confianza, que tengas en la continuación la Paz que no tuviste. La Luz nos espera. El sentimiento de adiós infinito no es nuevo, el primer adiós se dice cuando se nace, cuando te arrancan de las entrañas del Uno al que hay que regresar. Ante la despedida del seno materno sentimos el mismo miedo que al abandonar la vida. Pero no es muerte, es un nuevo nacimiento. Nada termina... Invisible a los ojos de quienes quedan en este mundo, desde antes de la partida acompañé al moribundo, le diendo la mano, le doy esperanza y confianza en el viaje final. Quienes abandonan este mundo, a menudo, no asumen fácilmente su adiós. Se desea ser inmortal, sin saber que la eternidad está al otro lado de la muerte. El hombre desea ser inmortal, y alrededor de esta vana esperanza ha construido cuanto le rodea, con el deseo de dejar constancia de que ha estado. La Nada es el horror que más angustia al mortal

«Todos te pedimos, Otis, una prueba de que cuanto dices no es fruto de nuestra imaginación, de la desesperación del final...».

La pregunta sobre mi identidad, sobre quién soy es constante. Tú me la has hecho varias veces... Soy ese algo que mueve las hojas y despierta ilusiones, la pasión de los armoniosos y la vibración del Amor, el despertar del corazón, aquella barca que aparecía cuando el embravecido mar revolvió las olas y daba esperanza al náu-

frago; era la expresión triste de la nube cuando llega al cenit la tormenta, la antorcha que abría senderos en la distancia de la montaña; era... el amanecer de la esperanza. Caminaba por la vida, como uno más. Formaba parte de la vida terrena y participaba de esa vida de restricciones; me equivocaba una y otra vez. De cuantos errores he cometido he aprendido... He aprendido de los límites, de lo imposible... Así hasta convertirme en el viejo que soy. Ahora soy un viejo amigo que desea ayudarte en este tránsito hacia la Luz. Serás vida que ilumina en la mañana el sendero. Vendrás a testimoniar que la Vida no acaba con la vida, sino que todo continúa más allá... Has estado lleno de silencios y de comprensión, de reencuentros y de despedidas. Has aprendido mucho a lo largo de tu camino. Dispones aún de tiempo para volver y mirar todo cuanto caminaste; no podrás ver grandes misterios. Aún no es el momento. El cordón de la vida sigue unido a tu maltrecho cuerpo, y a él volverás momentáneamente.

Adiós

«Subo poco a poco. Estoy flotando sobre mi cuerpo. Veo una presencia allí, a mi lado, con ciertos destellos luminosos. Miro esa figura que dicen soy yo, en la que no me reconozco. Estoy casi en posición fetal, como un saquito de huesos. La cara aguzada y el pelo canoso. Tengo los ojos abiertos, pero mi mirada no está, se ha ido conmigo, porque soy realmente quien perdura. Veo a mi mujer, a mis hijos, que están al lado de ese cuerpo, ajenos a todo lo que se está urdiendo en esta otra parte. Respiro con libertad, no me duele nada, siento el placer indescriptible de la libertad y el cobijo de... ¿qué?... No lo sé... Sólo é que me encuentro bien. Soy libre y veo, oigo, me siento y permanezco ágil como cuando montaba aquel caballo en San Salvador, mi pueblo, en donde nací... Y pensando en San Salvador... Quiero volver allí... Me encuentro en medio de las majestuosas montañas. Son montes erosionados, sin grandes crestas, en su mayoría cubiertos por vegetación baja y arboledas. Los *capudres* enseñan sus frutos rojos y crean una sinfonía inacabada de belleza. El brezo se estremece, el fresno pregunta el porqué de mi presencia. Bajo por el Puerto del Palo, y en el camino una mancha negra me habla de tantos pesares de mi ayer, camino de Pola de Allande, en aquellos años de la posguerra. No es tiempo de tristezas. Ahora soy libre, ya no me duele el cuerpo. Acabo de emprender la partida dejando allí la muda, como tantos y

tantos animales hacen a lo largo de su vida. Se quitan su piel una nueva surge para que su cuerpo no quede al desnudo. Miro los pájaros que van y vienen, una y otra vez, tal vez buscando su casa, esa que albergó a los pequeñuelos cuando en la primavera llegaron a la vida. Y volarán surcando el cielo, como vuelan hoy, con la compañía que ya esperan, con canciones de dicha y armonía. Sigo bajando y vuelvo al pueblo que me vio nacer. Veo el interior de las personas, y también sus cuerpos. Quiero montar a caballo, porque la libertad que hoy percibo me recuerda al galope de aquel ayer, tan lejano y tan cercano en este momento. Miro cómo pastan los caballos, reunidos en la finca cercada de piedras. Me acerco poco a poco, hasta encontrarme encima de uno, bayo, de gran estatura y patas finas. Su crin le cae hacia un lado y él, sin notar mi... ¿cuerpo?... Mejor mi presencia sigue pasando tranquilamente. Abandono el prado sin que nadie se haya enterado de mi llegada. Bajo hacia la plaza del pueblo, allí hay una tertulia que parece amena. Les digo: «Hola, amigos, soy Antonio. He vuelto. Tengo tantas cosas que deciros... Estoy aquí, estuve muy enfermo... no, quiero decir que estoy enfermo..., no... ¡Bueno, qué más da!» «Hola, hola a todos». Quiero dar una palmada en la espalda a Ceferino, que es de mi quinta y tenemos muchas cosas en común... «¡Hola, Ceferino! ¿Qué está pasando? ¿No os acordáis de mí?» ¡No me ven! «¿Por qué no prestáis atención a mis palabras?» Me doy cuenta de que soy una presencia sin ser. No estoy aunque esté. ¡No tengo cuerpo! Aun así me quedo... Tal vez... Pero no, no me ven ni me oyen... Me siento a su lado —aunque no siento que mis nalgas toquen ningún lugar—, con la esperanza de que alguien me dirija la palabra y participe en la conversación; algo me dice que no va a ser posible. Están hablando de tantos vecinos del pueblo que ya murieron... Alguien dice que dejaron de sufrir. Iban enumerando este y el otro... y esta y la otra... El camino de la conversación se afianzaba en el más allá, y unos decían que existía y otros que todo acaba en esta vida. «¿Cómo que no existe más?», apunto yo; que estoy a punto de

acabar en esta vida. «Mañana me marchó y pude venir hasta aquí. Vine solo, en una especie de vuelo sin alas. Estuve montando a caballo, y ahora hablo con vosotros. Si hay algo seguro, es que estoy vivo. Bueno, mi cuerpo está medio... medio... Pero yo vine a visitaros». Escucho y hablan de temas cotidianos. Dicen algo sobre el desastre que está causando la gripe aviar, que aquí en el pueblo no están afectadas las aves porque se les alimenta con maíz y con lo que picotean todo el día por los campos cercanos a las casas. Otro dice que con eso no es suficiente, porque puede ser transmitida por cualquier tipo de ave que venga volando desde otros lugares. Yo quiero intervenir y comentar mis sospechas sobre los peligros de esta enfermedad para los humanos..., pero no puedo, no me oyen... Nadie me tiene en cuenta. Después de disertar un tiempo sobre el tema, comienzan con las vacas locas..., y otro tanto de lo mismo. Yo intervengo y hablo de aquellas que yo tenía hace muchos años, alimentadas en campos y montes bajos cubiertos de hierba fresca. Yo vuelvo a insistir en que se debe dejar atrás el afán de enriquecimiento rápido a base de piensos de engorde, con harinas de sabe Dios qué procedencia. Otra vez me olvido de mí mismo y repito la pregunta: «¿Por qué seguís todos con la conversación como si no hubiera llegado nadie? ¿No se supone que somos un pueblo acogedor y noble? ¿Por qué nadie me ofrece un café con rosca?» Pero, ¿no me estáis escuchando? Qué extraño, porque a mí siempre me han tenido en cuenta y me han pedido muchas veces consejo sobre esto o aquello, al igual que siempre hice yo. Un joven que parece tener muchos conocimientos de la zona explica a otros presentes algo sobre la historia del Occidente asturiano. De Allande y del Valledor. Dice que la mayor parte de su territorio está declarado Monumento Natural, como los milenarios Tejos de Santa Coloma y de Lago y el alcornocal de Boxus. La deforestación y el abandono de los cultivos la sobreexplotación de la ganadería y la madera, es algo que lo pone en peligro, dice... El territorio es extremadamente montañoso. «¿Nunca habéis estado en la Sierra de

Carondio?, ¿y en las de Ibogo y Cazarmosa? No, ¿en dónde están?», preguntan. Estamos en un lugar maravilloso, lleno de paz y de magia. La magia del atardecer y de la mañana. El valle de Valledor posee un microclima propio. Este valle del Oro, o *Valledor*, tiene un clima más suave, llueve menos... es un tesoro para tantos animales, un tesoro también para el que sabe apreciarlo. Yo estoy sentado, intento intervenir y digo que aún hay vides, y muchos robles y castaños y que osos quedan muy pocos, pero... El joven continúa: Es uno de los concejos con menor población de toda Asturias, todos fueron emigrando... «Yo me marché en el año cincuenta y tres. Sí, y aunque han pasado cincuenta y un años, parece que fue ayer... ¡Ay amigos!, el tiempo corre muy deprisa...» Pero todo es en vano..., yo sigo flotando, y veo colores alrededor de las personas, suben y bajan de intensidad. No sé el motivo. San Salvador es la parroquia del concejo asturiano de Allande, a la que pertenecen varios pueblos, Allí se desarrolló parte de mi vida... Siguen hablando. Creo que ya es suficiente, quiero disfrutar de mi último día vivo. ¿Vivo? Viajo por el camino, sin tocar el suelo, y me adentro en el castañar. Es septiembre, y ya algún erizo está en el suelo. Quiero vaciarlo para degustar una castaña, pero no puedo tocarlo. Intento una y otra vez alargar lo que parece mi mano, pero ¡pasa a través de todo!

Voy camino de Rubido, en donde estaban mis viñedos. Las uvas amarillean y esperan la vendimia. Me gustan mucho las uvas..., tanto, tanto, que voy a coger alguna. Y extendiendo lo que parecen mis manos, y no siento que las toco como tampoco las puedo coger. Vuelvo a intentarlo una y otra vez, sin resultado. Comienzo a subir muy despacio, y entro en la casa que me vio nacer, en donde estuve los años de mi juventud, hasta la partida, cuando ya habían nacido dos de nuestros hijos. Está vacía. Miro aquí y allá, veo fotografías colgadas en la pared, rostros que ya no reconozco porque son otros sus propietarios. Me doy cuenta de que estoy en un lugar que no me pertenece. Vuelvo a la plaza, y es noche cerrada, no hay nadie. En las

casas se escucha el televisor, los ruidos de platos que van y vienen. Puedo entrar sin problema, ya que experimenté que para mí las paredes no existen, y las puertas no son puertas. Muchos de los que se marcharon han vuelto, erigiendo las casas de antaño en verdaderos hogares con el confort de hoy en día. Me siento camino. Quiero alcanzar la piedra, como cuando siendo un niño bajaba con otros más, intentando encontrar esas pepitas de oro, abundantes en el lugar, en aquellos tiempos históricos que nunca alcancé a imaginar de siglos y siglos atrás.

Voy al cementerio a visitar a mis padres, a mi familia... No hay nadie. En el cementerio no viven más que algunos huesos sin vida. Miro a un lado a otro, veo algunos ramos de flores en los lugares. Puedo ver a través de las lápidas, a través de los féretros, huesos acurrucados, vestigios de cuerpos, testimonios de vidas... En sus tumbas veo fechas de nacimiento y muerte... Y el guión de en medio, un eterno espacio que no adivinamos a saber de qué está relleno. Las estrellas expanden su brillo y casi alumbran el lugar, aunque más tarde la luna llena lo impregna todo de luz. Siento el viento porque soy brisa, y entonces me acuerdo de aquel tiempo tan lejano, cuando mi padre me dijo que mi madre desde el cielo me daría los buenos días con el viento... Ya me siento viento y percibo el arrullo amoroso que un día tan lejano perdí. Alguien se acerca..., ladra. Sus ojos me escrutan y tuerce su cara negra, como preguntando sin pregunta. Ya no ladra. Está callado, introduce su rabo entre las piernas, como muerto de miedo. Adivina una presencia que no ve... Yo intento acariciarlo, él me rehúye y se marcha camino arriba. Más tarde escucho cómo aúlla, sus gemidos atraviesan valles y montañas. Se arma un revuelo y salen los vecinos, se reúnen en la plaza y comentan que antaño los aullidos significaban que alguien iba a morir. En una casa veo a una mujer tendida en la alcoba. Tiene los ojos perdidos. Veo su Alma, como la mía, que flota en la estancia. Una mujer que se aferra a un nenúfar en medio del lago como tabla de salvación. Y yo, que estoy

cobijado, mecido en la penumbra, le lanzo unas palabras a modo de consuelo, intentando contarle la sinfonía que yace dentro de mis sentimientos. Ella asiente y sonríe. Tenuemente y muy bajito me inyecta, con su carita de pena, la esperanza de que todo lo que yo creo sea así. En momentos la veo emerger y su rostro es sereno; en otras ocasiones su mirada está perdida en los entresijos de la mente, quizás entablando una conversación con esa Muerte que la acecha agazapada en el lodazal, esperando su triunfo... Estoy mecido por la tenue brisa que recoge mis pensamientos tristes mientras contemplo la lucha delante de mis ojos. Y me siento mal, triste y vacío...; no puedo hacer nada. Solo espero, y sé que su destino y el de tantos están unidos al mío. Me marcho, voy hacia el mar.

Soy libre y vuelo rozando la tierra. Puedo moverme aquí y allá, y las arboledas se me antojan alfombras mágicas que me transportan. Siento que algo tira de mí; absorto en el absurdo presagio de aquellas personas, recuerdo que debo regresar porque en unas horas tengo una cita con mi destino. Llego a la habitación y veo el ¿cuerpo? que he dejado. No me apetece entrar en él, Otis me invita a hacerlo. Mantenemos la última conversación, me pregunta cómo me ha ido, y yo le digo que bien, porque no me dolía nada y porque visité, por última vez, mi amado pueblo y todos aquellos lugares, aunque nadie reparó en mí... Bueno, alguien sí... ¡un perro! Aullaba y los vecinos se preguntaban que «quién iba a morir». Yo tardé un poco en darme cuenta de que la protagonista era una anciana, pero que luego sería yo... al día siguiente.»

La vida, es la fuente en donde se recogen experiencias. Tú has tenido la suerte de haber podido salir de tu cuerpo y vagar aquí y allá. Has experimentado la sensación que se experimenta cuando la materia no existe. Cuando tan solo eres energía, has experimentado que las luces y las sombras existen en lo sensible, y que tal vez en la experiencia oscura del sufrimiento es donde más se puede aprender.

«Puedo ver la dedicación de los míos, la pena que sentí por su pena ha sido muy grande... Llevo muchos días sin movilidad. Ya no puedo demostrar mis afectos porque no puedo besar, algo que hacía hasta hace unos días. He pasado por esas fases de zozobra, tristeza, melancolía, risa sin sentido; y también me sentí con el placer del amor de los míos, rodeándome y amándome. He dicho ya tantas veces adiós. Reconozco que mi enemigo estaba acechando a esta presa que soy yo, detrás de mi edad avanzada. Pero tantas otras personas comienzan con estos padecimientos en años tempranos, que mi congoja se agranda más y más, cada vez que esos pensamientos me abarcan».

La vida viaja pareja de la muerte, ambas son oscilaciones del tiempo... Regresaré en el momento de tu adiós. Y te daré la bienvenida al verdadero hogar.

«¡Otis! ¡Otis, esperal... Parece que se ha ido...»

FINAL Y COMIENZO

«Veo a toda mi familia reunida, siento una gran alegría. Ya no me duele nada. Soy un anciano querido. Me han amado, besado... sobre todo mi querida Isabel.

Son las siete de la tarde, Veo una luz que brilla en mi habitación. A su lado, vestida de color claro, está mi madre. Joven, como cuando se marchó; y a su lado, mi padre. Su aspecto no denota los sesenta y cinco años de su partida. Yo diría que son atemporales. Me miran y me siento arrullado, me sonríen y extienden sus brazos hacia mí. Quiero ir hacia ellos..., algo me dice que no es el momento.

El doctor comunica a los presentes que ya estoy a punto de pasar al otro lado; «de morirme», dijo exactamente. Sé que lo único que hago es cambiar de casa. Nadie llora, sus ojos se han secado de tanto que han llorado con todos mis adioses, tal vez el llanto se ha marchado para dejar paso a la conformidad y la necesidad de que mi cuerpo deje de sufrir. Hace días que no puedo mover los músculos de mi cara; ahora los miro y siento que mi última mirada vacía se ha trancado en la mirada espiritual que dicen siempre he tenido. Los miro a todos y les sonrío y les digo sin decir —porque soy eso, pensamiento—, que todo está bien y que la luna brilla para alumbrarme el camino.

Veo al fondo, como flotando, a los que descubrí hace un tiempo. Y mis amores de niño se convierten en presente, y ya me

abarcan con su presencia. Me uno con mi pasado y con la historia. Soy la historia, una y toda... Mis padres tienen una figura terrena, pero no son terrenos. Son como nubes que desprenden luz, y conservan lo que fueron. Sé que son ellos, como figuras esculpidas en un extraño fondo de plasma... Son ellos porque han venido a buscarme y a decirme que la vida no es esta que he dejado, que hay un más allá de la historia que permanece oculto a los ojos...

Entonces, les cuento que ayer experimenté todo lo que ocurre después del óbito. Ellos, sin palabras, como Otis y yo hemos hablado, me cuentan que no, que todo es diferente porque mi experiencia me estaba uniendo a la tierra por un extraño cordón... y que cuando ese cordón se corta —dicen sin decir—, la libertad y el gozo te cubren. No hay tiempo aquí. Todo es eterno, inmutable... No es cierto. En el otro lado existe mutismo y soledad, no, al otro lado no se vive, es Vida.

Veo un tumulto a mi alrededor, y alguien me dice: «Papá, ve hacia la Luz, no tengas miedo... Todo es un paso. Has sido muy buen padre, un buen marido, un buen hijo... Has sido un gran hombre... Papá, no tengas miedo».

Y ya... poco a poco, miro cómo visten aquello que fui con lo que fue mi traje preferido, y anudan una corbata con esmero.

Es noche de luna llena y yo me quedo mirando los árboles y las plantas, todo aquello que tanto amé en este pueblo asturiano no lejos del otro de mi origen. Recorrí poco a poco todo lo que tan bien conocía, y esparcí mi mirada por los campos medio ensombrecidos por la luz de la luna. Visité mis colmenas y las abejas quietas, dormitaban silenciosas esperando el nuevo despertar. Vi toda la historia presente, al mismo tiempo... me uní a la historia...

Al fondo, el sonido del zorro esparce una plegaria que le haga conseguir alimento, y los búhos proclaman que la oscuridad es su reino. Los jabalíes arrúan de un lado a otro allá en el bosquecillo con el que limitan mis prados... los que fueron mis prados. Escucho el

chirrido de los grillos, y las pequeñas luces de las carreteras comarcales son pequeñas luciérnagas desde mi lugar.

Ya es día de mi entierro. Curiosamente, la luna llena de ayer dejó paso a la lluvia. La lluvia es fina, menuda, algunas veces es acompañada por una tenue niebla. El coche fúnebre, casi oculto por las flores que adornan el féretro que acoge el que fue mi cuerpo, va despacio... poco a poco, y yo lo acompaño como un espectador más. Otros vehículos siguen la comitiva. Entro en cada uno, para decirles que sigo aquí, que no me fui, aunque ya no esté. Cada cual sigue con sus pensamientos; no me ven, porque así estará escrito en los entresijos de la existencia.

Llegamos al alto del valle, en donde está el Cementerio de Ruedes, sitio escogido un día, hace ya muchos años, cuando los tiempos difíciles nos empujaron a buscar esos dos lugares que al final fueron tan importantes en nuestras vidas: el campo y la ciudad. Alguien introduce eso que yo fui, pero que distaba mucho de ser Yo, en un nicho, y más tarde lo sella con una amalgama de cemento. Gente que lo presencia. Llantos. Dolor. Silencio... Las gotas de agua se desprenden de las hojas y caen al suelo. Hierba verde, prados que se extienden y dan paso a la maleza... La vida se extiende y se hace infinita

Sigue lloviendo. La lluvia fina de las despedidas. Todos los allí presentes se abrazan, y las lágrimas se confunden con las gotas de agua que llora el cielo. Me doy cuenta de que la lluvia no me importa, estoy sin estar, soy presencia más allá de la materia... Las gotas pasan a través de mí sin que palpe ninguna sensación de frío ni de humedad.

Más tarde sigo flotando y abrazo poco a poco a todos los presentes antes de dejar atrás todo aquello que quedaba de mí; que, la verdad, no era mucho.

Busco a Otis, y él, presente siempre, sonrío y mira cómo mis padres y todo un coro celestial me dicen algo: «Bienvenido a la Luz»

En la oscuridad, no en la noche, sino en la oscuridad, destacan las luces de mis antepasados que me indican el camino a seguir. Ya no está el escuadrón de la muerte que aquella vez se formó para enfrentar a hermanos contra hermanos. Ya no está la miseria humana de corazón pequeño. Ya no existen aquellos sonidos atronadores de los morteros trazando finales. Hoy, el escuadrón es de estrellas que brillan en mi camino, y la libertad del vuelo feliz de la despedida.

Existe un Frente, pero no un frente mortal en donde el cañonazo bélico aniquilaba al contrario, sin importar razones ni culpas. El Frente que yo divisó es de Luz, con un color tan luminoso, entre azul y blanco, que el ojo humano se cegaría al ver tanta intensidad. No hay soledad como cuando estaba unido a la tierra por aquel cordón extraño. Aquí, en medio de la libertad, se palpan las sonrisas, y las gotas transforman la lluvia en Paz inmensa, y los truenos —aquellos que asustaban mi niñez— se oyen lejanos. Mi amada Isabel se queda por un tiempo más. Aún no es hora... También será recibida por sus antepasados el día en que parta. Aquellos padres a quienes adoró y a los que tanto añoró un año y otro. Ellos viven en la eternidad.

Otis... ha venido también... aquí, en el tiempo, donde se es..., en este espacio como de un plasma incorpóreo. Sé que este espacio, voz sin tiempo, sé que es Otis, y que él es el destino. Lo reconozco, de aquí partí y aquí vuelvo... Poco a poco la nebulosa que se desprendió de aquel cuerpo que ahora yace en el cementerio, se confunde con este plasma... Somos todos y uno... Me pregunto si es así para todos, si esta puerta se abre para todos...»

Y Antonio partió una noche de luna llena en un mes de final de verano. Su vida no ha sido en vano, porque sembró de amor su camino, y se callaron sus cuitas para no perturbar la vida ajena. Sin hacer ruido, poco a poco, cerró aquellos ojos llenos de magia, tal vez inundados de esa que existe en el lugar en donde un día nació. La permanencia y la libertad le aportan una inusitada felicidad. En ese estado, cuando ya no se es materia, sino Energía, el sentimiento de ligereza y de movimiento no es comparable a ninguna otra sensación. Ya no existen ataduras. En ocasiones alguien capta una presencia extraña, ajena, pero familiar al mismo tiempo... Tal vez en el umbral de la vida... Se trata de Otis, que viene a mostrar un camino hacia otras realidades insospechadas...